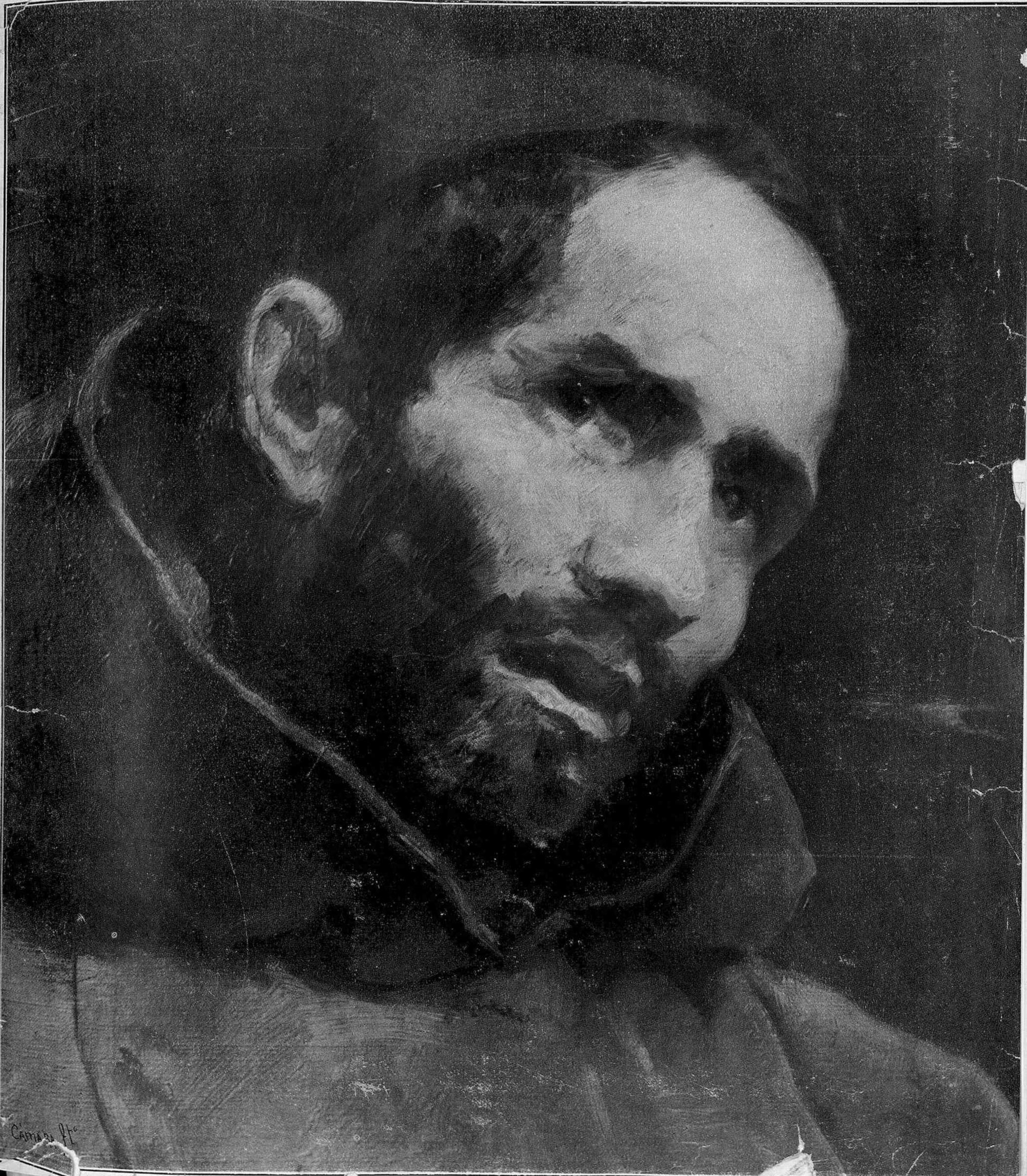


# La Esfera

ATENEOD E  
BIBLIOTECA  
MADRID

Año I \* Núm. 12

Precio: 50 cénts.



Camacho H<sup>o</sup>



Ehrrn ann.

Limpia y embellece el Jabón de  
**HENO DE PRAVIA**

Año I

21 de Marzo de 1914

Núm. 12

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ATENEU DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

DISEÑO DE GAMONAL

## LOS GENERALES LIAUTEY Y MARINA

Residentes de Francia y de España en Marruecos, respectivamente, que han permanecido en Madrid varios días, habiendo conferenciado con el Gobierno acerca de la acción de ambos países en el territorio africano

DE LA VIDA QUE PASA  
**EL PUEBLO Y LAS ELECCIONES**

El espectador indifere-  
 rente, ó para ha-  
 blar con entera  
 propiedad, extraño á  
 las fluctuaciones de las  
 ideas políticas, habrá  
 podido comprobar, sin  
 embargo, en las últimas  
 elecciones dos hechos,  
 que por misterioso de-  
 signio del azar han ve-  
 nido á coincidir: la dis-  
 posición del bajo pue-  
 blo á vender el voto, y  
 la impaciencia de la  
 aristocracia por alistar-  
 se entre el personal pa-  
 rlamentario. Lo primero  
 delata una forma de de-  
 gradación de las cos-  
 tumbres públicas, de la  
 que el pueblo no es to-  
 talmente responsable.  
 Lo segundo ha venido  
 impuesto por el instinto  
 de conservación de una  
 clase que no quiere ver-  
 se por desidia suya ex-  
 cluída del gobierno de  
 la nación.

La aristocracia que  
 en período de paz no ha  
 pasado de ser un ele-  
 mento de ornato social,  
 aspira ahora á influir en la dinámica política del  
 país. ¿Cómo y por qué medios? Luego veremos.  
 Por lo que se refiere al pueblo, su depravación  
 política es parcial. En las grandes urbes que de-  
 bieran fomentar su escepticismo, procede con  
 perfecta pulcritud doctrinal. Vota con arreglo á  
 sus convicciones. En el campo, por el contrario,  
 que parece el ambiente propicio al recogimiento  
 del espíritu y á la noble incubación de las ideas,  
 el pueblo da su sufragio al más ventajoso pos-  
 tor. ¿Por qué? Procuraremos ponerlo en claro.  
 En la ciudad, la miseria y la ignorancia son me-  
 nores que en el campo. El obrero vive, por  
 decirlo así, casi emancipado de la tutela capitalis-  
 ta, la cual usurpa solamente su actividad muscu-  
 lar. Por si eso no fuese bastante para asegurar  
 la libertad política del obrero, la fuerza de la  
 asociación con sus afines se la garantiza. El ca-  
 pitalista, ajeno á las veleidades culturales del  
 proletariado, no se mete á fiscalizar la nutrición  
 intelectual de su gente ni le pone trabas para que  
 se asocie con quien quiera. Así, poco á poco, el  
 obrero no solamente ha visto respetada su liber-  
 tad de asociación, sino que agrupándose ha  
 conseguido que el capital le reconozca como be-  
 ligerante. En el campo no se ha llegado á eso  
 todavía ni mucho menos. Allí la tiranía patronal  
 es tan imperiosa que el pretender sustraerse á  
 su influencia, vale tanto como renunciar al pan.  
 El obrero agrario, mal alimentado y peor ins-  
 truido, confina por la barbarie con la animalidad.  
 Ese vota lo que le ordene el amo. En los pue-  
 blos, la parte del proletariado que vive un poco  
 lejos de la vigilancia patronal, vende el voto por  
 dinero. Impenetrable á toda sugestión doctrinal,  
 ignorante de las ventajas que trae á los débiles  
 la asociación, se mueve políticamente de espaldas  
 á las ideas y desacata toda orden venga de  
 donde viniere. El espíritu defensivo de clase po-  
 dría llegar á él por dos vías, que le están igual-  
 mente cerradas; la lectura y el trato asiduo con  
 sus afines más cultos. No sabe leer ni trata con  
 nadie fuera de sus convecinos de todos los días,  
 los cuales no le aventajan, ni en bienestar, ni en  
 instrucción, ni en dignidad de ciudadanía. A su  
 escepticismo político contribuyen confusamente  
 otros motivos.

Para él la función de gobierno se define así:  
 abuso de poder, posibilidad de robar. A sus ojos  
 el presidente del Consejo es un capitán de ladro-  
 nes que dirige una vasta banda en la que en-  
 tran con deberes y retribuciones diferentes, los  
 ministros, los senadores y los diputados. Su-  
 persticioso con la tradición y deslumbrado con  
 el fulgor de las jerarquías, considera al Rey,  
 como ungado por el cielo y le supone ignorante  
 de las trapacerías de sus ministros y dignatarios.  
 ¡Pero el gobierno! El gobierno es una gavilla  
 de ladrones y todos los políticos una pillería. Por  
 eso cuando un aspirante á la investidura en Cor-  
 tes le pide el voto, el pueblo compasivo interpre-



Uno de los leones del Congreso de los Diputados, de España

ta la demanda de este modo: «Si me votas y voy  
 al Congreso, podré robar». E *ipso facto* razona  
 así al pie de la urna:—Pues, si gracias á mi  
 voto vas á poder robar tranquilamente, sin ries-  
 go de ir á la cárcel, dame por lo menos un duro  
 ó dos, á cuenta de lo que saques...

Esa, y no otra, es la dialéctica que informa la  
 conducta del pueblo campesino en las elecciones.  
 ¿Y por qué habían de discurrir de otro modo?  
 ¿Quién se ha preocupado de sanear su conciencia?  
 ¿Qué enseñanzas ha recibido? ¿En qué me-  
 dida se ha preocupado de él la piedad social?  
 ¿Qué debe á la acción tutelar del Estado? Desde  
 Aristóteles acá, una legión de sabios se han des-  
 velado por la dignidad humana, esto es, por re-  
 dimir al pueblo de la ignominia bestial. Revolu-  
 ciones, doctrinas sociológicas, hasta el sacrifi-  
 cio personal de Jesús, tendían á establecer una  
 cierta fraternidad en el mundo. A pesar de todo,  
 el pobre pueblo vegeta en el oprobio. Se le da el  
 pan tasado á trueque del máximo de actividad y  
 como sólo se trata de retribuir su energía muscu-  
 lar, su alma es desdeñada. ¿Con qué derecho,  
 pues, nos quejamos de su degradación?

El menor mal que puede causar es la enagenación  
 por dinero de sus derechos políticos. ¿Quién  
 que ponga atención en la realidad, es capaz de  
 pedir muy severo castigo para aquel delito?

Con la agravación de la venalidad electoral en  
 los campos, ha coincidido, según ya he dicho al  
 principio, un movimiento de impaciencia de los  
 aristócratas por incorporarse á la actividad pa-  
 rlamentaria del país.

Entre los derrotados y los triunfantes de las  
 últimas elecciones, pasan de la veintena. Ahora  
 bien: ¿qué debemos pensar de la aparición de  
 esos elementos en las Cortes? ¿A qué vienen?  
 Si testigos del marasmo nacional, no han quere-  
 do permanecer ociosos más tiempo y han resuel-  
 to espolear al poder público para que se lance á  
 planear reformas útiles, felicitémonos del adve-  
 nimiento de los aristócratas á la política activa.  
 Si, como es de temer, sólo han respondido al  
 cosquilleo de la vanidad para solicitar la inves-  
 tidura parlamentaria, valía más que se hubiesen  
 quedado en casa. Estamos lejos de compartir el  
 prejuicio extendidísimo, que considera á los aris-  
 tócratas como un aspecto del parasitismo na-  
 cional y como una agrupación social impotente  
 para cultivar nada que no sea el lujo y la frivoli-  
 dad. Si la ojeriza con que los mira el plebeyo su-  
 pone eso, se equivoca.

En primer lugar, el aristócrata conserva casi  
 siempre, como huella de su pasado histórico, un  
 sentimiento de adhesión á la patria, de la mejor  
 ley. Consciente de que sus antecesores de eje-  
 cutoria realizaron grandes cosas en el mundo,  
 muestra cierta disposición de ánimo á renovar  
 aquellas empresas, sobre todo, si la ocasión se  
 le presentase en el terreno militar. En suma:  
 está dispuesto á arriesgar la existencia por un

ideal, lo cual, en los  
 tiempos que alcanza-  
 mos, no deja de ser  
 una virtud.

Aunque la animad-  
 versión plebeya crea lo  
 contrario, el aristócrata  
 no suele ser, ni mu-  
 cho menos, un cretino,  
 más que en la propor-  
 ción razonable que de-  
 termina la estadística  
 de un pueblo. Las razas  
 se transmiten una cierta  
 finura de sensibilidad.  
 Gentes familiarizadas  
 por tradición, con pre-  
 ocupaciones nobles, le-  
 gan á sus descendien-  
 tes un cierto buen gusto  
 elemental que los pre-  
 serva de la brutalidad  
 y la grosería. No diré  
 que entre las gentes de  
 elevada alcurnia abun-  
 den los pensadores y  
 los artistas. No; esa  
 clase social suele ser,  
 si no del todo estéril in-  
 telectualmente, muy  
 moderada en el uso de  
 la actividad cerebral.  
 Pero, en desquite, la  
 aristocracia suele ser

el público predilecto de los artistas,  
 los poetas, los músicos y los novelistas. La bur-  
 guesía rica, es casi siempre tosca de gustos é  
 iletrada, á lo menos en España. Ni viaja ni lee.  
 Es como el tejido adiposo de la sociedad. Com-  
 parte los más atrasados prejuicios de la aristo-  
 cracia, sin sentir ninguna de sus virtudes. Es,  
 descontadas las excepciones, que razonablemen-  
 te debemos hacer cuando no queramos dogma-  
 tizar, conservadora, misoneista y pusilánime.  
 Todavía si fuese capaz de grandes vicios, sería  
 respetable, porque siendo el vicio el resorte dra-  
 mático de las almas, es el que da á nuestra exis-  
 tencia un cierto sentido artístico interesante, en  
 la monotonía social.

Pero, la burguesía rica tampoco es deprava-  
 da; no pasa de ser egoísta... Si ese movimiento  
 de la aristocracia al foco parlamentario, obede-  
 ciese al anhelo de colaborar en la vida pública  
 activamente, merecería nuestro aplauso. Si en  
 vez de ser esas gentes un factor expectante en  
 las cámaras, algo así como el estado mayor del  
 régimen, se decidiesen á intervenir en las lides  
 parlamentarias, acaso prestasen más de un ser-  
 vicio á la nación. España es actualmente vícti-  
 ma de dos plagas; el abogadismo y las parente-  
 las. El primero ha consumido la savia nacional  
 en pura palabrería. La segunda, más práctica, se  
 ha contentado con apoderarse del presupuesto.  
 Con ese procedimiento de selección del perso-  
 nal gobernante, la ruina del país es segura. ¿Se-  
 rán capaces los aristócratas de estorbarla? Si no  
 se sienten con fuerzas para ello ¿á qué vienen al  
 Parlamento? Ellos tal vez digan que á defender  
 al Rey. Pero, señores, si al Rey no se le defien-  
 de con el gesto personal, echando el cuerpo fue-  
 ra, como suele decirse. El monarca está defen-  
 dido por mil procedimientos; primeramente, por  
 su popularidad que le preserva de odios, y lue-  
 go, por todos los elementos armados. Lo que  
 importa defender ahora es el régimen, la institu-  
 ción monárquica, y para ello no es menester  
 apelar á los arrestos viriles, ni evocar pasajes  
 del Romancero. Basta con tener inteligencia,  
 con pensar, con estudiar, con trabajar desintere-  
 sadamente por el bien público. Si la aristocra-  
 cia quiere honestar su intervención en la vida  
 política española, no puede ir por otros caminos  
 que el de la actividad intelectual y el del imperio  
 de la justicia. En los parlamentos no hay que  
 hacer alardes de gallardía personal que siempre  
 parecen intempestivos. Lo que importa es de-  
 mostrar que se tiene talento, que no se es aje-  
 no á los problemas políticos y morales de nues-  
 tro tiempo y que se está en condiciones de con-  
 tribuir á su solución... Todo lo demás es teatro,  
 farsa, oropelz de que se reviste el orgullo de  
 una clase social atrasada, impotente para acli-  
 matarse en el ambiente intelectual de la época.

MANUEL BUENO



## PAUL HERVIEU

DIBUJO DE GAMONAL

Su rostro no le denuncia. En nada hace presumir al dramaturgo de *Las tenazas* este mundano menudo de bigote encarrujado y ojos sin brillo—*l'air vieux*, dice un gracioso rtruécano de París—que pasea por los teatros y los hipódromos su desgano elegante. Al ver sus obras le imaginamos hirsuto, enmarañado, sombríamente feo como el abuelo Ibsen; ó siquiera en la airada actitud miguelangelesca, con las tablas de mármol en donde está grabada la ley humana.

Porque los dramas de Hervieu parecen comentarios de un mandamiento. ¡Terrible y humano mandamiento! Tienen hasta la forma imperativa de la Biblia. Uno se llama «Conócete». *La Course du Flambeau* podría llevar el título de «No honrarás á tu padre ni á tu madre». Y todos parecen dictados en un ambiente de tempestad, tras de la zarza ardiente. El destino manda siempre en ellos. Pero no es arbitrario y vengativo—la malvada Casandra helénica—sino un destino descendido á la tierra, analizado, así diré compulsado en estadísticas, sin las perennes amenazas del coro griego, sin la venganza injusta, ni el obscuro castigo. En el drama de Hervieu todo parece normal, plausible, como una página de Darwin sobre la crueldad de los insectos. Por una ley natural, María Juana en *La Carrera de la antorcha*, amará á su hija más que á su madre Sabina. «Los hijos—decía Wilde—comienzan por amar á sus padres, después los juzgan, algunas veces los olvidan.» Faltó decir que también los aborrecen. Y cuando María Juana llega á la injuria, ó cuando en *Las palabras quedan*, se mata sólo con una murmuración malvada, ó cuando en *Las Tenazas*, las mallas del código estrechan un corazón de mujer hasta exprimirlo, vemos maravillados, que salimos del adulterio indispensable, del conflicto solamente epidérmico, para afrontar otra vez con el antiguo valor la mueca trágica.

Naturalmente, esta obsesión de tragedia, esta crispada severidad tiene, para el autor, algunos inconvenientes. Siendo Hervieu el más célebre de los dramaturgos parisienses, no puede decirse que sea el más feliz. Casi nunca alcanzan sus obras las cien representaciones consecutivas, con que se satisface apenas la vanidad de los autores del bulevar. Le escuchan, le aplauden, no estoy seguro de que le comprendan. En París—tal vez en todas partes—se va al teatro á digerir agradablemente y á lucir el *dernier cri* de la moda. ¡Cómo hablar á mundanos fatigados y á gentilísimas de la humanidad que sangra! Hervieu no engarza en su diálogo las chispeantes—frases destinadas á cosquillear agradablemente las frases que saltando del tablado, como delfines, van á hundirse en la sala tibia entre una

marea de abanicos. Adopta el lenguaje áspero y denso—á veces complicado—de su novela *Flirt*. Y hasta cuando busca la sutileza amorosa, cuando en el más galante de los parques, en *Bagatelle*, nos presenta al hada verleniana del «amor vencedor y la vida oportuna», mostrará en el desenlace á qué vilezas lleva el cruel amor...

¿Comprendéis por qué no puede ser popular? Le importa poco el público. No quiere hablarle en necio. Los otros, más astutos, más taimados, no van á buscar fatalidades tremendas, sino ligeras crisis sentimentales. Repiten, con diversos telones, parecidas mujeres y una invariable «sensibilidad», el adulterio de lujo. Si no hay adulterio, hay por lo menos, como en la última obra de Bataille, la espléndida semi-desnudez de Ivonne de Bray, que todo París quiso ver... El drama importaba menos.

Ocurre, pues, el caso singular de un gran dramaturgo clásico antes de tiempo. Y digo clásico, porque tiene á menudo el destino de los maestros: ser escuchado con respeto y bostezando. *La Carrera de la Antorcha*, que es la obra magna de Hervieu—y tal vez del drama francés contemporáneo—la representa sólo Réjane de tarde en tarde. *Las Tenazas* están recorriendo el mundo, pero no llegan á París. Y no puede decirse que *Bagatelle* fuese un éxito.

Alguna excusa encuentra sin embargo esta incompreensión: ¡Cómo pedirle al público que admire á Hervieu, si éste es el menos francés de los dramaturgos!... Apenas lo escribo me arrepiento. Se me recordará enseguida la descarnada estructura de Corneille, que bien pudiera ser antepasado directo del autor de *El destino manda*. Pero no es francesa hoy—si recordamos que más se acerca el teatro moderno á Marivaux ó á Molière,—la sequedad sóbria, algebraica, á veces rechinante, de ese dramaturgo que no quiere sonreír. El mismo ha contado cómo va podando el diálogo hasta dejarlo mondo y lirondo; ha excusado su frecuente dureza, comparándose á un esclavo que va gimiendo en su gleba lírica. Y—¡singular contraste!—su traductor es el más francés y espontáneo de los españoles, Benavente.

Hervieu y Benavente, he aquí dos tendencias opuestas, dos razas de hombres. El uno es seco y ceñudo, un hidalgo francés que ve la tirana vida con ojos claros y crueles. En cambio, ¡cómo la matiza la exuberante fantasía de Benavente! También conoce las miserias de este pícaro mundo, pero mirad encenderse en su rostro una sonrisa de melancolía. Ved las manos ligeras que agitan los títeres de la comedia. No son manos de Parca. Parecen destinadas á tejer sobre el negro abismo la trama leve de su encaje de araña. Ved su impaciencia de ala. ¿Pueden acaso crisparse? Y comparad con esa triste carreta simbó-

lica del maestro francés la aventurera erranza de dos encantadores pícaros, que no se indignan nunca porque es doliente la vida, sino la vencen cada día con la truhán cordura del Lazarillo. ¡Qué importan los notarios venales, las mezquinas señoras Sirenas y los Polichinelas importantes! Para vencerlos, para olvidarlos, tienen ambos aventureros la fantasía y la sonrisa, dos matices del genio español mil veces encarnados, el primero, por ejemplo, en Don Quijote ó en el *Frasquito* de Galdós; el segundo, en una raza tronera de Estebanillos.

Otro matiz, el austero y trágico, parece ser el de Hervieu. Ese continuo examen de las inflexibles leyes naturales, esa crónica angustia ante el misterio de la vida—que notamos en tan genuino español como *Azorín*,—fueron siempre raras en Francia y son constantes en Hervieu. Priva en Francia el conflicto que no haga meditar al espectador, el *fait-divers* frenético; con el cual un dramaturgo mañoso, como Bernstein, logra siempre despertar el interés mezquino, pero fuerte, de un combate de box.

Creo que nadie sigue en la actualidad las enseñanzas de Hervieu, mas si no tiene discípulos, le admiran y le respetan todos. Es el dramaturgo oficial de la tercera República. En la Academia—le llaman «gran elector» por sus campañas decisivas—es el terror ó la esperanza del candidato. ¿Su vida? Pocos la conocen. Se aleja de toda camarilla y la publicidad le importuna. Es un descontento. Rehace la obra hecha hasta darle la forma perfecta de su anhelo. Y mientras otros obsesionan los periódicos con opiniones y retratos, este solitario va agregando en silencio una nueva angustia viva á esos grupos crispados de sus dramas, que se quisieran esculpidos por Miguel-Angel.

Viene ahora á tierra de Lope y es hermoso el homenaje de un embajador de letras enviado á devolver á España—imagino—la hurtada gloria de Corneille, como devuelven una armadura; que guerra y literatura fueron siempre sinónimos en la tierra manchega. Aquí hallará al pueblo legendario de su infancia escolar, Don Juan, el Cid, Jimena, el donoso Barbero, que llegaron á ser franco-españoles. Acaso va á reanudarse la antigua influencia hispánica en el teatro. Si es verdad que Hervieu traducirá una obra de Benavente—*La malquerida*,—están de nuevo suprimido los Pirineos.

Y será una linda paradoja que al emisario de la tierra de Rabelais y de Molière le enseñe á sonreír un español.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

Madrid, Marzo 1914.



MARIA ALVAREZ TUBAU

FOT. CALVACH

La escena española está de luto. Una de nuestras más insignes actrices, María Alvarez Tubau, acaba de bajar al sepulcro, dejando honda huella de su paso por el mundo del arte dramático.

Al propio tiempo que está de luto la escena española por la desaparición de esa ilustre artista, queda, por la misma causa, en la Escuela de Declamación del Conservatorio, un vacío difícil de llenar.

La Tubau, después de su larga y gloriosa campaña como actriz, ocupó hace algunos años una cátedra de la mencionada Escuela, la misma que había desempeñado otra gloria de nuestra escena, Matilde Díez; y si, activa profesional brilló como astro de primera magnitud, en la esfera de la enseñanza ha conquistado también laureles inmarcables. Profesora merítisima, de las que pueden predicar con el ejemplo, María Tubau deja discípulas que ya empiezan a brillar con luz propia (Teodora Moreno y Ruiz Moragas, entre otras muchas) y que en un muy cercano porvenir honrarán su buena memoria, dando á su vez días de gloria á la escena patria.

Ella también fué alumna del Conservatorio y discípula predilecta del gran D. Julián Romea y de la sin par é inolvidable Matilde Díez, profesores en aquella sazón del mencionado Centro de enseñanza.

Siendo muy joven, casi una niña, pues sólo contaba trece años, después de unos brillantes ejercicios en el Conservatorio, fué contratada por Victorino Tamayo, y en uno de los principales teatros de Granada hizo su primera campaña, que fué brillantísima y que poco después le abrió

las puertas de los teatros de primer orden de Madrid.

Cuando ya había conquistado más sólida reputación, contrajo matrimonio con un abogado de Burgos y se retiró de la escena. Viuda á los cuatro años de su casamiento, volvió nuevamente al teatro, y en el de Apolo estrenó con gran lucimiento un papel importantísimo en el drama de Echegaray que lleva por título *En el puño de la espada*. Ya era mucho en aquella época hacerse aplaudir al lado del gran Antonio Vico, que interpretó maravillosamente el protagonista de dicho drama.

De Apolo pasó María Tubau al Teatro de la Comedia, del cual era empresario, primer actor y director Emilio Mario, y en unión de Balbina Valverde, Lola Fernández, Ricardo Zamacois, Julián Romea y otros no menos ilustres artistas, realizó una larga y brillante campaña, figurando siempre en primera línea y llegando á ser el ídolo del público. Eusebio Blasco, Ramos Carrión, Vital Aza, Luis Mariano de Larra, Miguel Echegaray y otros no menos ilustres autores, muy en juego en aquella época, escribían expresamente para la Tubau, que parecía haber clavado la rueda de la fortuna y sometido á su voluntad el éxito brillante y extraordinario.

Con ser tan lucida aquella su larga campaña del Teatro de la Comedia, la verdadera importancia, capitalísima, de María Tubau como actriz genial, arranca de la época en que contrajo segundas nupcias con Ceferino Palencia, eminente actor dramático de instinto poderoso, diestro y capaz hombre de teatro y competente director de escena. La Tubau se emancipó enton-

ces de toda tutela artística. Palencia tomó el Teatro de la Princesa, formó una excelente compañía, á cuyo frente figuraba, como era natural, la Tubau, y allí, en la piedra de toque, acabó el público de comprender todo el mérito de la encantadora é ingenua actriz que había aplaudido en el Teatro de la Comedia, donde actuó hasta 1887.

Así como «en el mundo hay más», en el talento, en las facultades y en el ingenio de María Tubau, había mucho más de lo que el público le había aplaudido en el teatro de la calle del Príncipe. Alternando con las más notables obras de nuestro repertorio, la Tubau interpretó, en larga y fructuosa campaña, las más grandes obras del teatro francés. ¿Y cómo las interpretó? De muchas de ellas, especialmente de *La corte de Napoleón*, *Divorciémonos*, *Serafina la devota* y otras no menos importantes y difíciles, se puede decir: «Nadie las mueva».

Aunque la flexibilidad de su talento le permitía abordar con fortuna todos los géneros, puede decirse que en la comedia, ya fuese festiva ó de elevados tonos, no tuvo rival en Francia ni en España.

Además de sus campañas en la Princesa y en nuestras principales provincias, la Tubau hizo algunas excursiones á Alemania, y allí, lo mismo que en España, fué objeto constante de entusiasmas y clamorosas ovaciones.

Como digo al comienzo de estas líneas, con la muerte de la genial actriz María Tubau está de luto la escena española.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

TIEMPOS PASADOS  
**EL DE OSUNA Y DON RODRIGO**

Quién viera tal abatimiento de la humana grandeza y tan grande fracaso de las glorias terrenales, cómo hubieron de saber las casas de Gil Imón de la Mota, que estaban donde hoy es ese rincón apacible y franciscano del hospital de la Venerable Orden Tercera?

Calle de San Bernabé, portillo de Gil Imón, jardín de la Orden, pasaje singular y típico del viejo Madrid, lugares son a quienes el destino quiso poner como testigos de la desgracia insignne de una magna tragedia. Porque entre ellos acabó, rendido a sus desventuras, aquel tan alto caballero que tantas veces tuvo la gloria de España entre sus manos, D. Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna.

Recia mano quiso dar a su cetro la reciente majestad de Felipe IV, mozo, hasta pararse a fuerza de excesivas severidades, en las justicias a donde no supo llegar el débil gobierno de su padre. Fue a poner el joven príncipe ejemplo y escarmiento, para espanto de servidores desleales, y acaso cayó con tanta ceguedad su empuje sobre aquellos a quienes más debía la fama de la patria, que ellos a la gracia de la corona.

Vivía a la sazón aquel glorioso virrey de Nápoles, en las casas del marqués del Valle, don Juan de Acuña (la que hoy es el Ayuntamiento) en la plaza que entonces se llamaba de San Salvador, y hoy de la Villa. Era al hilo del mediodía del miércoles santo, 8 de Abril de 1621, cuando presentáronse en ellas, por orden del Rey, D. Agustín Messía, del Consejo de Estado; el marqués de Tobar, capitán de la Guardia Española, y D. Fernando Verdugo, su teniente, dejando algunos soldados repartidos a trechos en la calle.

De allí, a poco, salía el duque, entrando en su coche con D. Agustín y el marqués, yendo al estribo derecho D. Fernando, y siguiéndoles la escolta de la guardia. Llegaban a los caños de Alcalá, cuando recibióse orden de que volviese D. Agustín Messía, y siguieron en el coche el duque con los demás acompañantes hasta el castillo de la Alameda, posesión del ilustre preso, en la que hubo de quedar bajo la custodia de D. Luis de Godoy, caballero del hábito de Santiago.

Agraváronse al de Osuna, con los achaques del alma los del cuerpo. En esta sazón acudió a visitarle el beato Simón de Rojas, del orden de la Santísima Trinidad, y confesor de la Reina. Dióle el sacramento de la penitencia, y moviéndole a general confesión de sus culpas.

Tanto agravóse en sus males físicos que el sábado 6 de Agosto, del mismo año, tuvieron que trasladarle a la quinta que D. Iñigo de Cárdenas poseía en Carabanchel. Allí permaneció, consagrado a las devociones y continua lección de las Sagradas Escrituras. Pero era mandato del destino de aquel gran duque de Osuna, que no había de parar en su peregrinación dolorosa, y así desde la quinta de Cárdenas, donde las humedades del terreno habían acrecentado los males de su salud, fué trasladado al lugar de Vallecas, donde no se halló sino unos pocos días, pues de allí le condujeron a la quinta del condestable de Castilla, junto al arroyo Abroñigal.

Y aún no cesó aquí su calvario, porque no tardaron en traerle a Madrid, a las casas de Gil Imón de la Mota, del Consejo Supremo de Castilla, y presidente del de Hacienda. Traíanle a hombros en su misma cama, con solo el cielo de ella y sin cortinas. Un criado iba al lado suyo haciendo aire con un ventalle ó abanico de plumas, por la mucha calor del ambiente que dañaba al enfermo. Y como si tal preso fuese capaz de huir, alrededor del lecho marchaban las guardas de a caballo.

Quiso Dios que fuese este éxodo el postrero, y adoleció con mayor fuerza el de Girón en sus achaques. Grande era su ánimo y para nada se preocupaba del Soberano terreno que tan mal traído le traía. Sólo era su atención para la Majestad de los cielos, y decía: «Dad señor, paciencia y aumentad el dolor, vengan penas.» Otras veces prorrumplía de este modo: «Errar en el servicio del Rey puede ser. Pecar, eso no. ¡Oh, Rey de reyes, y señor mío, quién os hubiere servido, Majestad eterna como a la corporal.»

Llamó a su hijo y encomendóle que siguiera al servicio del monarca de las Españas, poniendo la vida por su ley y por su Rey: «Hijo sois—

le decía—de un hombre de bien. Entre los ruidos de las armas oiréis su nombre, y oiréis que el merecer morir en defensa de la Fe, y servicio de su majestad, fué ordinar a oración suya.»

El miércoles, 25 de Septiembre de 1624, tras de tres años y medio de prisión, moría con tránsito ejemplar, tras una vida que fué toda ella



Hospital de la V. O. T. en las antiguas casas de Gil Imón de la Mota, de la calle de San Bernabé, de Madrid

ejemplo, aquel tan alto príncipe que a la gloria de sus glorias añadía la de la amistad fervorosa de aquel otro excelso príncipe del humano ingenio, que dióle por epitafio aquel soneto que así empieza:

*Faltar pudo a su patria el grande Osuna,  
 pero no a su defensa sus hazañas,  
 diéronle muerte y cárcel las Españas  
 de quien él hizo esclava la fortuna...*

II

Aquel año mismo de 1621, que vio la desgracia de D. Pedro Téllez de Girón, presencié también la desventura de otro prócer, a quien cupo más doloroso y vergonzoso fin. Ese fué D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete-Iglesias, conde de la Oliva, comendador de Ocaña, del orden de Santiago, capitán de la Guardia Alemana, continuo de la Casa de Aragón, mas otros títulos y cargos.

Prendieronle en Valladolid, tuvieronle luego detenido en el castillo de Montánchez, y de allí con buena guardia, pasáronle al de Santorcaz, que en otro tiempo había sido prisión de tan glorioso encarcelado como era Fray Francisco Ximénez de Cisneros. Últimamente le trajeron a Madrid, poniéndole preso en su propio palacio de la calle Ancha de San Bernardo.

Hicieron en la sala que servía de estrado a su mujer, tres compartimientos, uno muy pequeño



Palacio de D. Rodrigo Calderón, en la calle Ancha de San Bernardo, de Madrid  
 FOT. SALAZAR

y obscuro, tanto que a todas horas estaba alumbrado con luz de vela y en el cual estaba el preso, teniendo su cama, y dos guardas de vista que se remudaban, además de un criado que le asistía. Fuera del aposento había otras diez y ocho guardas repartidas. Y no comía, ni cenaba D. Rodrigo, si no era con asistencia de la guarda mayor que era D. Manuel de Hinojosa, caballero del hábito de Santiago.

En todo el tiempo que duró su prisión no habló con nadie más que con su confesor y su letrado. Y no salía de aquella estancia sino para oír misa en el departamento fronterero, a donde acudía siempre acompañado de toda la guardia junta. El tercer aposento de los tres en que el salón estaba dividido, era el destinado a estancia del tribunal, que se hallaba constituido por don Francisco de Contreras, más tarde presidente de Castilla, Luis de Salcedo y D. Diego de Corral Arellano.

Decretóse que se diera tormento al marqués de Siete-Iglesias, y resistiólo con entereza sin par. No era, por cierto, ánimo para caer en la flaqueza, el de aquel hombre que aun frente al verdugo mostrábase tan altivo y sereno, que ha dejado fama en el proverbio que dice: «Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca.» Si bien anda el refrán equivocado en lo que a la forma del suplicio se refiere, pues que D. Rodrigo Calderón no murió ahorcado, sino degollado. Dos años y cuatro meses duró la tramitación de la causa, y al cabo de ellos vino la sentencia de muerte.

Habíase realizado el vaticinio que por donaire lanzara un día el conde de Villamediana, cuando al ver al ministro disputando en la Plaza Mayor con un tal Verdugo, hubo de decir la agudeza aquella:

*¿Pendencias con verdugo y en la plaza?  
 Mala señal por cierto le amenaza.*

Arrastrando lutos llegaron al monarca, la marquesa de Siete-Iglesias y sus hijos para encomendarse a la clemencia soberana. Sólo pudo el Rey remitirles a los jueces para ver si en justicia podían ser atendidos en sus naturales pretensiones, pero después de algunos días, notificáronles los magistrados del tribunal que toda súplica era vana. Tiempos eran aquellos en que los ministros purgaban sus culpas como los últimos vasallos, que aún no era llegado el tiempo en que el proclamase en las leyes la responsabilidad de los directores de la cosa pública, sirviera para garantizar y encubrir sus desmanes. Y no tuvo D. Rodrigo Calderón la habilidad que en caso análogo supo tener el duque de Lerma, don Francisco Gómez de Sandoval, cuando apareció ataviado con la púrpura cardenalicia ante los que acudían a prenderle. De donde se le dijo aquello de que

*para no ser degollado  
 se vistió de colorado.*

Llegó, en fin, el jueves 21 de Octubre, día de las Once mil vírgenes, y en él presencié la villa de Madrid el singular y doloroso ejemplo de mirar en tal manera confundida aquella grandeza humana. Eran las once y media de la mañana cuando hizo la postrer salida de aquella casa que había sido antes su alcázar y su prisión ahora, quien había tenido entre sus manos el gobierno de la más grande monarquía de la tierra.

Tocábase con un capuz negro, traía el cabello hasta los hombros y hasta el pecho la barba, con lo que hacía su continente venerable. Subió a una mula que en el portal le aguardaba con gualdrapa y toca, y sin dar muestras de flaqueza compúsose cabello, barba y capirote, santiguándose después con la mayor y más edificante devoción.

Un gran concurso de gente esperaba en la calle para ver su paso, mas él no miraba sino a un crucifijo que llevaba entre las manos. Así llegó a la plaza Mayor donde alzábase el cadalso, y abrazó al verdugo que había de ajusticiarle, declarándole que por su mejor amigo le tenía. Con lo que descubriéndose la garganta para bien recibir el golpe, dejóse cubrir los ojos con un cendal negro, y esperó serenamente que llegase la libertadora.

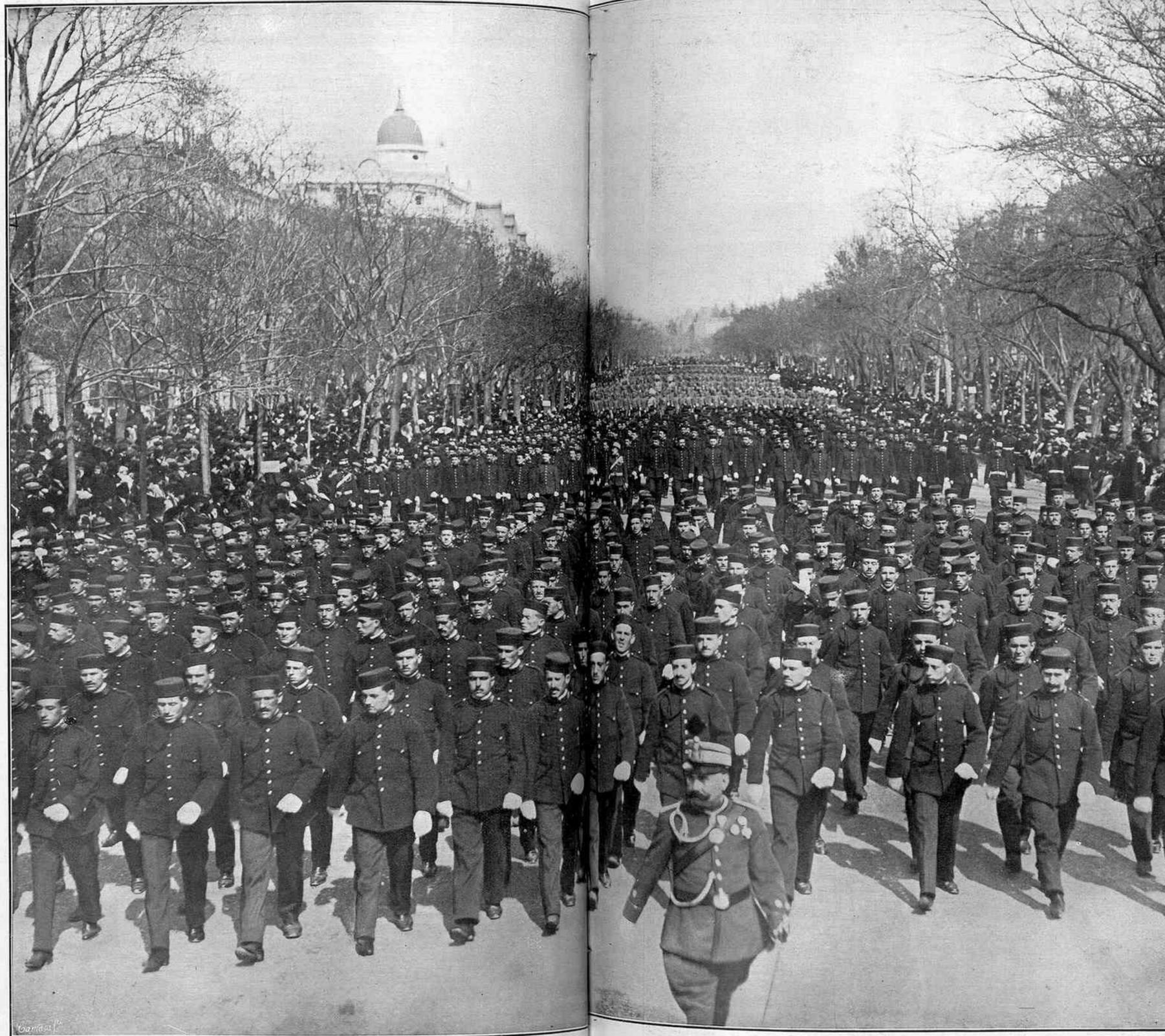
De tal modo veía la corte de las Españas, abafirse las más altas torres de los poderes terrenales.

PEDRO DE RÉPIDE

# LA JURA DE LA BANDERA EN MADRID



Llegada de la Reina Doña Victoria á la tribuna, desde donde presenci6 el desfile de las tropas



Desfile de los reclutas por el Paseo de la Castellana después de haber jurado la bandera, el día 14 del actual



Los reclutas de los regimientos en Africa jurando ante la bandera de la Guardia civil



S. M. el Rey Don Alfonso XIII en la Jura de la bandera



El Residente francés, M. Liautey, en la Jura de la bandera

BIBLIOTECA MADRID

LA ESFERA

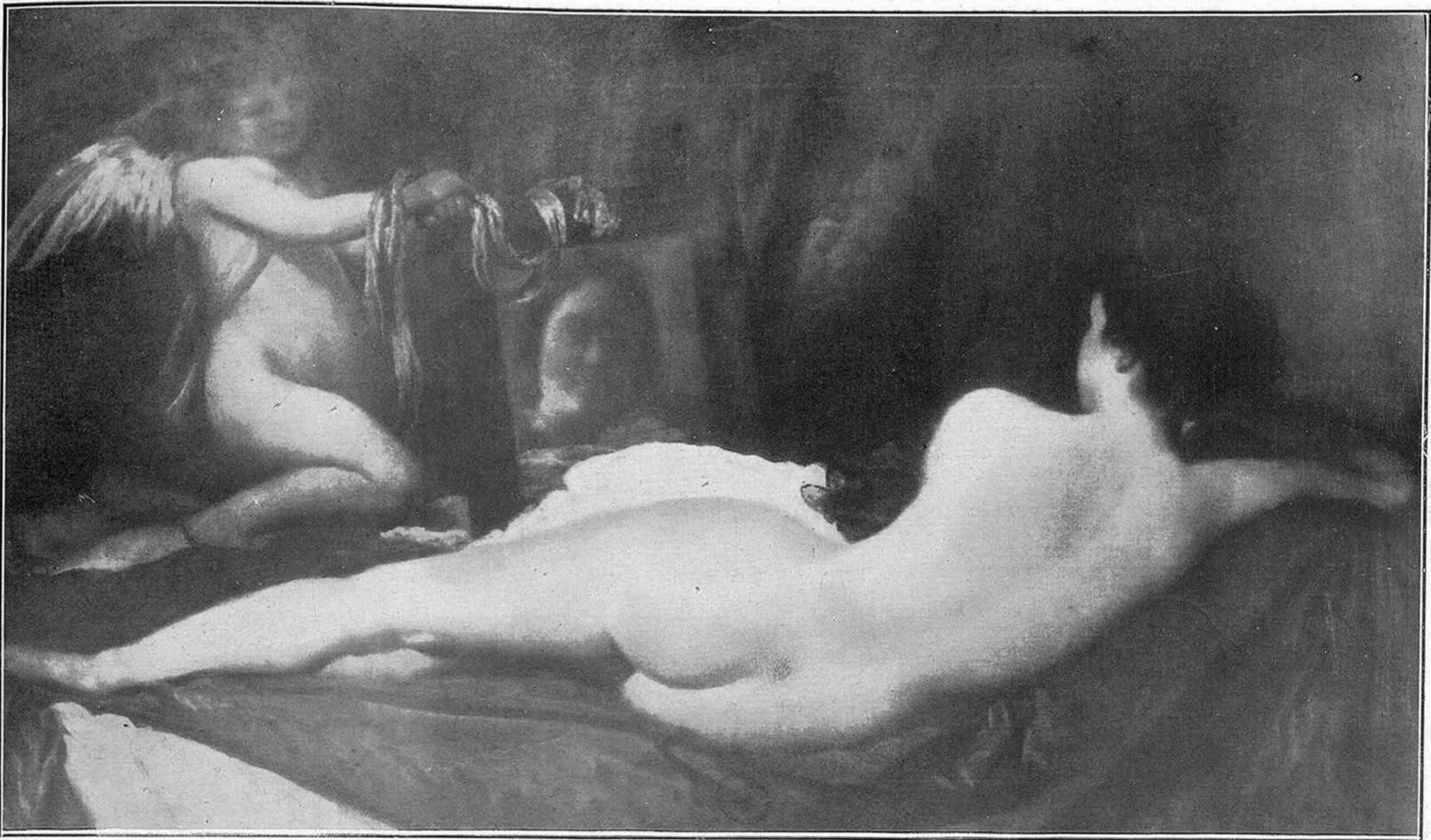
# ARTE RELIGIOSO



LA VIRGEN DEL CARMEN

Boceto de uno de los techos de San Francisco el Grande, de Madrid, pintado por el ilustre artista Alejandro Ferrant

ATENTADO CONTRA UN CUADRO DE VELÁZQUEZ  
**LA VENUS DEL ESPEJO**



**B**IEN lejos estaba de imaginar cuando en el número 9 de esta revista aludía a *La Venus del espejo*, con motivo de la compra de una célebre *Madona* de Rafael, que me obligaría la actualidad a consagrarle un artículo a la maravillosa obra de Velázquez.

La prensa diaria ha dado cuenta del vergonzoso episodio. Una miserable, enloquecida por las absurdas utopías del sufragismo femenino, entró en la *National Gallery*, y para protestar de la detención de la ridícula mistress Pankhurst golpeó el cuadro con un hacha pequeña. Saltó en añicos el cristal que protegía la admirable obra y el lienzo sufrió siete cortes. El más importante está junto al cuello y mide, aproximadamente, treinta centímetros de extensión. Los restantes están en el torso, precisamente en la parte más luminosa del desnudo y en la que será más difícil la restauración.

Nada importa el nombre de la miserable mujer. Inútil sería también buscarle un sentimental motivo de venganza de la falsedad y de la hipocresía contra la belleza, noble y casta en su desnudez. En el fondo no hay más que esa monomanía de exhibicionismo que padecen las inteligencias inferiores. La miserable mujer que ha cometido el vandálico hecho, es, como todas las sufragistas, un ser inferior. Incapaz de sentir y de inspirar sentimientos dignos de la verdadera significación femenina.

No comprendo la pasividad de los gobiernos inglés y norteamericano, frente a ese estado anárquico de algunas mujeres. La ley no debe tener perjudiciales sensiblerías para con los seres que se colocan fuera de ella. Y las sufragistas no pueden demostrar de más peligrosos modos su rebeldía, su odio a todos los principios fundamentales de la sociedad.

Porque esta miserable mujer que ha profanado *La Venus del espejo* simboliza el odio de los imbeciles y de los malvados, a lo que, simboliza de más suprema manera, el bien y la belleza: el arte.

¿No es triste que precisamente del mismo pueblo que adquiriera por suscripción nacional, en 1906, la magnífica obra de Velázquez, haya surgido una mujer que intentara destrozar esa obra?

*La Venus del espejo*—que Beruete titula *Venus y Cupido*,—es el único desnudo de mujer que se conserva de Velázquez. Pertenece a su última época y a la serie de cuadros mitológicos donde el realismo vigoroso del gran pintor español se burló del Olimpo convencional de otros pintores.

Su honradez frente al natural, la seguridad pasmosa de su retina y aquel severo concepto que tenía de la técnica pictórica, le impidieron siempre falsear imaginativamente los modelos. El *Apolo* y el *Vulcano* de *La fragua*, el *Baco* de *Los bebedores*, el *Marte* y el *Argos* y el *Mercurio* no son dioses, son hombres, recios, fuertes, palpitantes de vida. *La Venus del espejo* no es tampoco la diosa clásica, sino un tipo de española, de las españolas un poco angulosas, como la inmortalizada en el supuesto retrato de su esposa doña Juana.

*La Venus del espejo* fué pintada en unión de otros cuatro cuadros con destino a la Torre de la Pasana y al Palacio de Madrid. Estos cuatro cuadros eran: *Apolo y Marsyas*, *Mercurio y Argos*, *Marte* y *Venus y Adonis*.

El primero y el último fueron destruidos por un incendio el año 1754. Se pudo salvar *La Venus del espejo* y pasó a ser propiedad de Godoy. Cuando se confiscaron los bienes del príncipe de la Paz adquirió el admirable desnudo la familia Morrit de Londres. Transmitido de padres a hijos, *La Venus del espejo* sólo salió de la casa Morrit para ser expuesta en Manchester el año 1857 por dudarse de su autenticidad.

Expuesta nuevamente en 1890 ya nadie dudó de que hubiera salido de los pinceles únicos de Velázquez.

Finalmente en 1906, se adquirió en un millón setecientos mil francos por suscripción nacional, y desde ese año constituía la joya de la *National Gallery*.

El lienzo está pintado con la largura y sobriedad que caracterizó siempre el estilo de Velázquez, sobre todo en su última época. La luminosidad de la obra no surge de los colores porque sólo vibran las carnes de la mujer acostada en una postura indolente. Este cuerpo esbelto y sereno de curvas, descansa sobre unos encajes y un velo verde de apagada entonación. No inspira

la voluptuosidad pagana de los maestros flamencos que tanto emplearon su inspiración en los desnudos mitológicos. Al contrario, es un desnudo casto, limpio de sensualismo, impregnado en cambio de cierta austeridad.

El mismo sentimiento respira la otra figura del cuadro, Cupido, que sostiene el espejo con un ademán gracioso. No es el dios de los Amores, malicioso y frívolo, sino un niño desnudo que sostiene el espejo en plena inocencia del acto que realiza.

Por último este espejo—de marco sencillo, para que nada inspire la idea de voluptuoso deleite—está colocado de tal modo que sólo refleja el rostro de Venus. No siquiera copia la pureza del seno.

ooo

Dicen que han sido tasado los desperfectos sufridos por el magnífico lienzo en 50.000 francos.

Difícil de fijar es una cantidad en este caso. ¿Por qué 50.000 francos y no 25.000 ó 500.000? Las tasaciones actuales de obras antiguas no dejan de ser un poco arbitrarias.

Yo creo que las de Velázquez son de las que no pueden tasarse.

Y, sin embargo, estas obras fueron pagadas de un modo mezquino.

Ved a título de curiosidad esta carta del pintor a Felipe IV:

«Señor: Diego Velazquez, ayuda de la guardarrropa de V. Majd, y su pintor de cámara, dice que a él se le deben de sus gajes hasta fin del año de 1643 once mil ochocientos y cuarenta y tres reales, como parece por certificación del veedor y contador de las obras reales, y tres mil novecientos y sesenta reales de cuatro años de vestido de que V. Majd, le hizo merced, a razón de noventa ducados cada uno, de que tiene libranzas de guardarropa, que todo monta quince mil ochocientos y tres reales, y además de esto se le deben otras cantidades de pinturas que ha hecho, por lo cual se halla con mucha necesidad. Suplica a V. Majd, se le manden pagar con efecto los dichos quince mil ochocientos tres reales para que mejor pueda ocurrir al servicio de V. Majd.»

SILVIO LAGO

# LA MODA FEMENINA

Distintas veces nos hemos ocupado de los sombreros que han de usarse en la cercana estación primaveral, y á pesar de lo dicho repetidamente, no hemos podido concretar una afirmación con respecto á la forma, ni al estilo ó gusto en los adornos que los mismos deban tener.

La Moda no descansa. Inquieta, estudia, transforma, crea. Su actividad es nerviosa, febril y á cada paso, sin que como antes le preocupe el tiempo ni la estación, somete al fallo de las elegantes algún nuevo capricho ó alguna revolucionaria idea.

Parando la atención, con algún detenimiento, en estas variaciones de los sombreros y fijándose en las evoluciones por que van pasando, se adquiere la certidumbre de su cercana desaparición como elemento importantísimo en nuestros tocados. Esta predicción nuestra, sostenida cuantas veces hemos tenido oportunidad de hablar del asunto, se confirma más cada día.

Desde el sombrero ancho, enorme, opulento en la riqueza de sus plumas y en la gallarda altivez de sus *esprits*, hasta el actual, pequeñín, coquetón, cifándose acariciante á la redondez de la cabeza, parco en adornos y ufano de su sencillez, ¡cuántas formas, qué diversas hechuras no han surgido, pasando fugazmente, viviendo y muriendo sin llegar á imponer su uso!

Los últimos modelos confeccionados para la primavera son también pequeños y graciosos. Moaré ó paja fina de seda, gasas sutiles y tules vaporosos entran como únicos elementos en su composición. Los adornos, muy sencillos, consisten, generalmente, en una sola pluma, en un lazo prendido con perlas, en fruncidos de gasa dispuestos con sabiduría y nada más.

Una tendencia simpática se advierte como norma á través de tan múltiples orientaciones: la de no ocultar la cara, ni cubrir la frente y contar con la exhibición del peinado para conseguir un artístico conjunto en la preparación de la cabeza.

Y hay también una novedad llamada á producir verdadera sensación porque se presta como ninguna otra á la interpretación personal del arte. Me refiero á las tocas. Las tocas son este año la originalidad mayor y su feliz empleo, determinará la muerte del sombrero y preparará el adve-

nimiento de nuestra mantilla, imponiendo universalmente su uso.

La toca, sencilla en apariencia, tiene encerrado entre los límites pequeños del tejido delgado y suelto con que se confecciona, todo un catálogo de formas y de influencias de época.

De su origen antiquísimo no quiero hablaros hoy. Ya sabéis, queridas lectoras, que soy poco amiga de amargaros la existencia con citas históricas, siempre áridas é insoportables.

Está nuestro tiempo reclamado por exigencias de la toilette ó por la delicadeza de las labores.

Sabed que aparece la toca, que á su vista evocaremos aquellos tiempos de dueñas quintañonas y caballeros románticos que morían de amor—¡lo mismo que hoy!—y cuyo acero estaba siempre propicio á vengar las ofensas inferidas al honor de las damas, y cuya sangre era ofrenda generosa, voto desinteresado en los altares del cariño.

Preparad vuestras lindas cabecitas y prestad hospitalidad al nuevo adorno, que él, repito, servirá de transición entre el sombrero de origen francés y la mantilla española, prenda la más airosa, confidencial, favorecedora é incitante de cuantas pudo inventar el divino genio de la coquetería.—ROSALINDA



# EL PAPA EN LA INTIMIDAD



S. S. EL PAPA PÍO X PASÉANDO POR LOS JARDINES DEL VATICANO, ACOMPAÑADO DE UNO DE SUS FAMILIARES

TENEO  
BIBLIOTECA  
MARELLI

## Una recompensa merecida á la infanta Doña Paz de Borbón



FOT. FRANZEN

La concesión de la gran cruz de Alfonso XII á la Infanta Paz, ha hecho evidente el gran cariño que por la Princesa de Baviera se siente en España, y el prestigio personal, independiente de su alcurnia, que entre nosotros conserva.

A su escrupulosa modestia, protestando de poseer los méritos suficientes para ostentar tal venera, ha contestado una suscripción pública, iniciada para ofrecerle la insignia, como popular sufragio que ratifique el acierto y oportunidad de la merced, otorgada á quien, luciendo por derecho propio las más estimadas condecoraciones de sus dos patrias, de adopción y nacimiento, ha de ser altamente halagüeña esta demostración de honor y afecto de un pueblo que al expresar su cariño, se honra á sí mismo, rindiendo á la Infanta española justo homenaje de respeto y amor, sentimientos que no suelen llegar á las almas, tan puros y sinceros como en esta ocasión. Y es, por que la personalidad de doña Paz, encarna y sintetiza lo más castizo y verdadero del fervor monárquico que en España existe, con hondo arraigo, á pesar de todas las propagandas y políticas que tratan de roer, inútilmente, las entrañas del régimen. Hermana de D. Alfonso XII, y educada como él en la emigración, conoció, en sus primeros años, la tristeza de la desgracia y la amargura del destierro, creciendo, al salir de la infancia, en el amor de la Patria ausente, á la que prestó su viva inteligencia, todos los esplendores del ideal y de la historia.

Vuelta á España, con sus hermanas, en los comienzos de la Restauración, cuyas dificultades y luchas desaparecían ante la efusión juvenil de la familia real con el pueblo, que veía en ella promesas felices de mejores tiempos que los pasados, de trastornos y desdichas; doña Paz conoció, por sí misma, á España, y aunque no fuera temerario suponer que, como suele ocurrir en la vida, la realidad rebajara, en parte, las ilusiones de la Princesa, su corazón generoso fué fiel, revelándose desde entonces, en todas ocasiones, identificado con la Patria, consagrándole un amor inteligente y acendrado, del que España ha recibido y recibe constantes pruebas.

Casada muy joven con su primo el Príncipe Luis Fernando de Baviera, abandonó de nuevo España, siendo recibida en la corte de Munich con el respeto y honor que merecieron siempre, en iguales circunstancias, las infantas españolas desposadas por príncipes bávaros, sentimientos que, en esta ocasión, trocáronse bien pronto en afectos de admiración y cariño, por las virtudes y talentos de la Infanta española, que al dejar la Patria, llevada por su amor de mujer, guardaba sin embargo para ella gran parte de la ternura

que su hermoso corazón, en el apogeo de la dicha, desbordaba. La Infanta misma escribe que, recién llegada á Munich, en una comida de gala, dada en honor suyo por el Regente, dispuso éste se sirvieran sólo vinos españoles, porque para ella era el mejor obsequio recordarle España. En ésta quiso que naciera su primogénito, presintiendo quizá, con maternal intuición, que más tarde, aquel niño, pudiera servir á su Patria, anudando con nuevos lazos el inalterable amor que por ella había de trasmitirle su madre. Este sentimiento de fervoroso patriotismo, que hallamos en los principales acontecimientos de la vida de la Infanta, se manifiesta, continuamente, en la expresión de sus afectos é impresiones, dadas á conocer por la misma Princesa en sus escritos, donde revela siempre unidas é inseparables, á pesar de su discordante apariencia, una sencillez y grandeza de alma suficientes para obtener por sí solas el mérito y gratitud que simboliza la cruz concedida con tanta justicia.

Ya de soltera, casi niña, mostró doña Paz sus aficiones literarias, publicando diversas poesías, sentidas y modestas, por ser la sencillez, como hemos dicho, rasgo esencial en el carácter de la Infanta, á quien su clara inteligencia y sólida ilustración, hubieran permitido fácilmente mayores pretensiones en sus ensayos poéticos, inspirados únicamente en sus afectos y emociones juveniles y expresados siempre en forma armoniosa y bella. Más tarde, después de casada, escribió en francés varios libros, siendo muy notable el que refiere su viaje á Roma, cuando al relatar la entrevista con su Santidad, el lector siente vibrar entusiasta entre las páginas del libro la fe y caridad, que iluminan siempre los escritos de doña Paz. Otra de sus obras, sumamente curiosa, descubre á la Princesa entendida y erudita, como pudiera serlo el más activo historiador, al buscar y escoger en archivos y museos los elementos necesarios para dar á conocer la vida de una princesa bávara, Emanuèle Thérèse, monja clarisa, hija del elector Max Emanuèle (1696-1750). En ambos libros late hermoso y noble el corazón de doña Paz, y en el último es de notar su veneración por la patria de sus hijos, á los que da el ejemplo de un trabajo detenido é inteligente, privilegio de los poderosos, que debieran seguirle, desempolvando del tiempo y el olvido las causas y el valor de las grandezas que heredaron. Últimamente, en la revista que se publica para aumentar los recursos necesarios á la construcción de la Basílica de Santa Teresa, en Alba de Tormes, doña Paz viene escribiendo interesantes crónicas que titula *De mi vida*, crónicas copiadas en periódicos de Madrid y provincias, que conocen al público, y saben con cuanto deseo son esperadas y leídas por to-

dos. En estas crónicas es quizá donde la Infanta ha podido mejor darse á conocer, mostrando sencillamente las impresiones de su alma generosa, compartiendo y gozando las penas y alegrías propias con las de su país, alentándolo siempre con firme fe en la fuerza de su espíritu; y esta confianza suya inspirada, como toda su vida, en el amor patrio, y expresada en un estilo personal, íntimo, inaccesible á la más perfecta retórica, porque brota del corazón sin más regla que su impulso recto y suave, halla profundo eco en el alma española, identificada con sus instituciones, á las que debe las glorias del pasado y en las que cifra el honor y esperanzas del presente. Mas en el conjunto de talentos y virtudes que forman la bella figura moral de la Infanta española, no podía faltar la acción social cristiana y previsora que la actualidad impone. Rindiendo primeramente culto á su piedad, fomentó, ayudando desde sus comienzos hasta ahora las obras de la Basílica de Alba en honor de Santa Teresa de Jesús. Más tarde, instituciones como el Bazar del Obrero, acreditan el verdadero interés que por el trabajador y el pobre siente el magnánimo corazón de la Infanta.

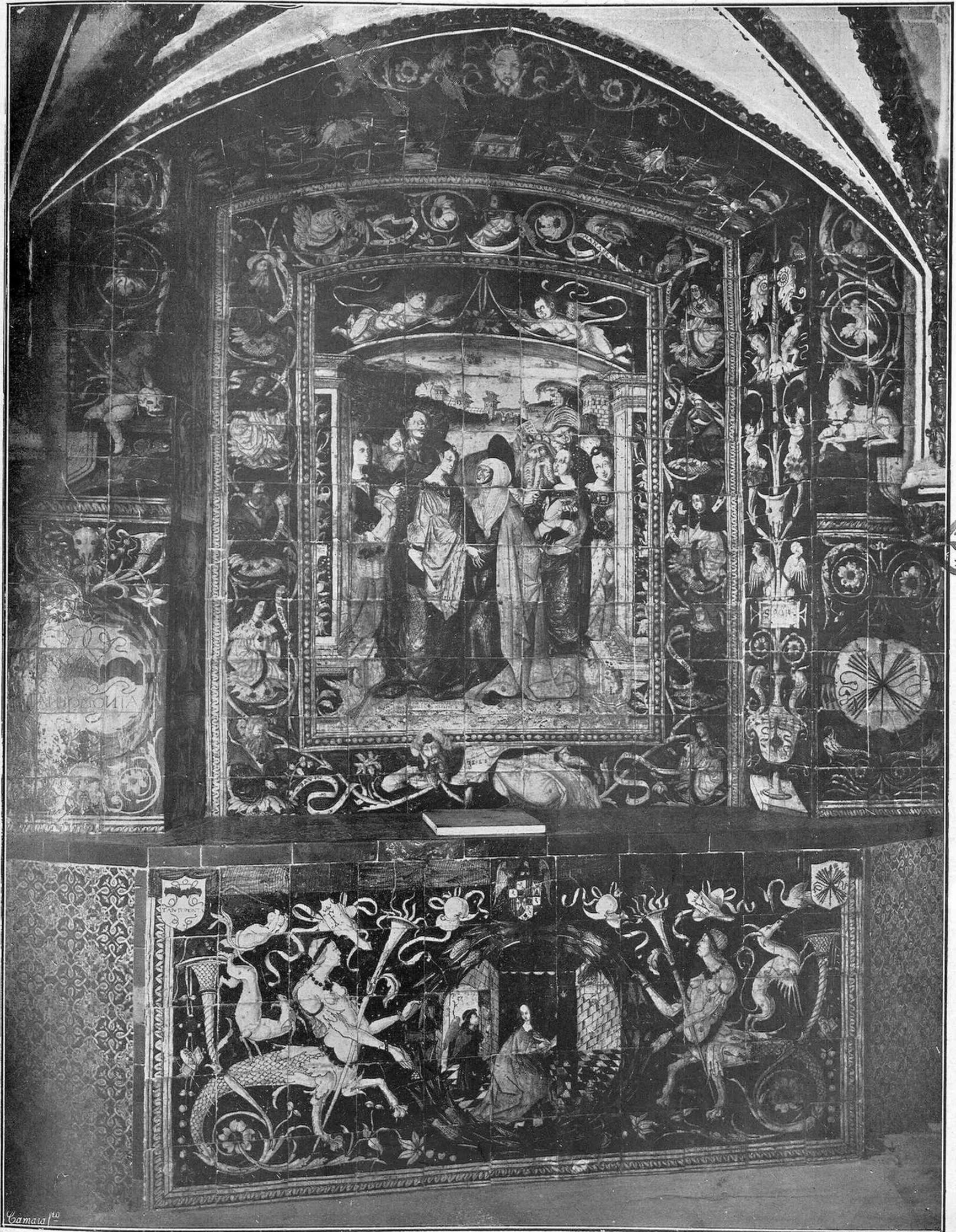
Y por fin, su última iniciativa, la fundación del Pedagogium de Munich, para maestros españoles, demuestra una vez más, confirmándolo, el grande y hermoso patriotismo de la Princesa; su alta inteligencia y su exquisita intuición femenina al servicio de aquel amor á España, le han inspirado obra tan magna y de tanto beneficio y trascendencia para nuestra patria. Sí, como se ha repetido muchas veces, el triunfo de las victorias germanas débese en gran parte al maestro, formar éste en aquellos moldes sin perder lo ingénito y peculiar de la propia raza, conservando la fe y el calor de sentimientos filiales, que más tarde, debidamente ilustrados sabrán separar por sí mismos de la escoria de la ignorancia el oro de virtudes legendarias, formando verdaderos apóstoles que preparen generaciones de esperanza, es empresa digna por lo grande de la Infanta, y es lo que doña Paz ha iniciado y protege al fundar el Pedagogium, haciendo, débil mujer, por España, lo que sabios y gobernantes no atinaron á hacer hasta ahora.

Por esto nuestro Monarca, unido siempre en el sentir con la Patria, ha manifestado de un modo ostensible, no sólo el amor que por la Infanta heredó con la sangre, sino el honor merecido por quien, al beneficiar á España, confirma la justa confianza de la dinastía, en la nobleza del pueblo español, y la gratitud y la lealtad de éste, garantía la más segura del reinado de don Alfonso XIII.

MARICRUZ

Marzo de 1914.

# LOS TESOROS DEL ALCÁZAR DE SEVILLA



Riquísimo altar de azulejos, de la capilla mandada construir en el Alcázar Hispalense por los Reyes Católicos FOT. PÉREZ ROMERO

## CUENTOS ESPAÑOLES

# LOS MODELOS

Así parece la malilla juego de rufianes, como cantamisano yo, pues que todo es según se mire, hasta lo que llaman hurto que no es atentando á la propiedad sino cambio de ella. Lo que se roba, es lo mismo del que lo tiene que del que lo tuvo, aún más, siendo moneda que es de curso libre, y si el uno la adquirió con afanes, el otro se la procuró con ingenio que debe ser mejor mirado, puesto que, para trabajar todos valen y para sutiles muy pocos son los elegidos. Esto sentido, añadiré, que en lo del toma y daca de los naipes, únicamente deben terciar manos avisadas y ojos muy expertos, ya que el jugar es esgrima de astucias y justa de bellaquerías y garrote de bolsas, que es á lo que se va, y ejercicio tan noble como el de las armas y las letras, puesto que tanto ruedan los escudos sobre tapetes palaciegos, como en mesas de cuartel ó de taifas. No veréis abades ni señores ya pongan suave mueca ó ácido gesto, saludense ó se miren airados, que dejen íntegra la ganancia, pues todos con señoril ademán ó grosero estrajón, la cogen y enfaldrican; y si esto hacen las bellas estirpes, flores de nobleza, ¿qué no harán ¡pesia á mí!, los que como nosotros sólo pudimos ser tallados con el yeso que sobró de tales estatuas? ¿Qué hay, pues, en esto de rufianería?

—Pródigo eres en hablar, pero aciertas.

—Bachiller fuí.

—¡Y no de los malos!

—Oyente en Alcalá y con beca en Salamanca, cursé por igual en aulas y estrados, compuse versos y adolecí de males de amor, pero más que todo, dióme fuste mi dominio del juego que me obligó á serias aventuras. Por alguna de ellas—añadió dejando escapar un largo suspiro—juré no tomar naípe en mano. Pero ¡amigo! ¿qué hacéis? ¡Perdonad si os distrae mi facundia! ¡Cautivo os hace y os trastrueca! ¡Largad ese basto que parece madera de horca!

—Examen pide la jugada, pero ¡allá va por vuestro capricho, maestro, que más puede ganar la advertencia del que sabe tanto como vos, que el instinto del que, como yo, apenas sabe sostener las cartas. ¡Allá va, pues, y buena ventura!—exclamó el compadre que no era ciertamente ni caballero ni soldado aunque las cicatrices que eran mosaico de su rostro, acusaban remotas contiendas; los otros, más jóvenes, usaban coletes de ante y tahalis y calzones de paño de raja, con lo cual y con las fizonas que á la mano tenían de las de á cien el baño ó sea de las burdas, de gavilanes sin pulir y de hojas largas y con estrías como de matones, viene á decirse que el oficio de ellos era el de vender á tanto el golpe, siempre asistidos por alguno de los de la hermandad. El otro, el hablador, quizá no lo era en la proporción que lo parecía, ni aún por hábito, sino por ministerio, pues tal era el suyo, que suplía ventajosamente á las cartas marcadas y de pega. Absteníase de jugar, pero atendiendo al juego de un incauto por el que tomaba partido fingiendo enojada prevención contra su rival, daba al futuro desplumado amistosos consejos que iban aligerándole de bolsa.

Tal era lo que había en el mesón de *El Buen Caminante*, que daba frente al monasterio en los altos de Santo Domingo y que con su aspecto de sencilla honradez y su hostelero al paño, era casa de tapadillo y de entra y sal, patio de Monipodio y logia de pícaros reverentes que saludaban con ceremonia de Sumiller á la gente de vara y se abstentaban de toda quimera ó cues-

ión no siendo de noche, á la sombra de los esquinazos y por bandas como se ha dicho.

Continuó el juego; cayó en malicia el perdido y cuando ya en su bolsa no quedaba sino la tierna melancolía por el definitivo adiós á sus escudos, colocó muellemente la baraja sobre la mesa y dijo sonriendo con humilde beatitud.

—Gracias doy á vuestras mercedes, mis nobles

señores, por la lición, que no otra cosa puede ser esto, tratándose de caballeros tan principales como vosotros y de un indiano tan ignorante como yo. De las tierras del Perú vengo y oro de Virrey traigo, y como aquí en la Cortz he de holgar hasta que se me dé cierta prebenda, en cuya busca vine, mucho me complacería el repetir la partida de hoy, teniendo á singular merced—añadió dirigiéndose al lenguaraz—el que vuesa señoría me aconsejara.

—¡Pues si perdido habéis!

—No importa, que quien pierde gana y yo me entiendo. ¡Guarde Dios á vuestras mercedes!

Dijo el hombre y embozándose, salió de allí con cierto embarazo, sin dejar su apacible sonrisa y dándose de codo con otro personaje que al mismo tiempo entraba. Era éste, cuanto el que se iba desguarnido y pobre de talento, rico en estatura, suelto de ademán y noble de gesto. Traía zapatos con punta cuadrada de calle y media fina de la más rica seda valenciana y calzón de terciopelo obscuro y jubón y gola sencilla y luengos guantes de ámbar y tahalí recamado y una soberbia espada de rico puño milanés y acero toledano á lo que se suponía, pues que no podía faltar á tan rara joya tal complemento, y para dar más gentil apariencia al talle, capa larga y ceñida, y en la cabeza, sombrero de talda con toca y pluma, y bajo él una frente al parecer henchida de majestad. Todo en él revelaba al noble y al grande, pero tan pronto fué entrar, como quedarse los otros suspensos y sin habla.

—¡Anselmo!—exclamó el charlatán por fin, y al levantarse, quedó más asombrado todavía, con la color cambiada y palpándose convulso.

—¡Trueno de Dios!—dijo colérico, requiriendo su espada.

—Pero ¿qué sucede? ¡pardiez!—preguntó el que acababa de llegar.

—¿Qué? ¿acaso lo sé yo mesmo? ¡si parece cosa de brujería! pero es lo cierto que el indiano me galimó la bolsa, aún trabada como iba con el cordón de atacar que es gordo y fuerte.

—¡Loado sea Dios!—dijo otro de los contertulios que se llamaba Lope—ya veo que tu bolsa no irá en desamparo, pues la mía siguió el mismo rumbo.

—¡Y la mía!—añadió el tercero, rebuscándose también como en zurrón por entre el holgado colete que llevaba.—¡Ay tal hombre! ¡Trizas he de hacerle!

El bodeguero reía hasta perder los gañiles y Anselmo le acompañaba en el holgorio sin darse cuenta de lo que pasaba, y los otros, molidos por la burla del indiano, dábanse á los demonios, hasta que al fin Lope exclamó:

—No es el tal de la Garduña, pero ha de serlo, que quien con esa cara de ánima sin oraciones despabila bolsas de tal modo y tan tranquilo se pone en franquía, merece, ¡voto á Dios!, ser el primero de los cofrades. Razón tuvo para hurtar, puesto que tú, Leocadio, le dijiste que el hurto es cosa lícita y el parar una esgrima de astucias, y como tú con tu charla y yo con mis trampas le dejamos pelón, y él sabía cómo ejercer lo *lícito* y la esgrima, nos dejó sin un maravedí, dando al maestro cuchillada, y aquí no hay más sino que él irá desembuchando lo que se llevó y nosotros recogiendo de otra parte, y las mismas monedas tornarán á la saca y el arte sea con todos; que no hemos de llorar como judíos ginoveses la rapiña que nos ha quitado el señor. Ven acá tú, Anselmo, y explícanos para consolarnos cómo un hombre que sale de su piltro en cuera de picote, torna con perifollos de gran señor, que á no ser que otro indiano me llevara los ojos en nuestra casa de dormir, juraría que esos calzones fueron antes harapos, y jaqueta el colete, y los guantes de ámbar roña pura.



—No te equivocas—dijo Anselmo á este punto,—que el hombre vive sujeto á mudanzas tales y tal es la mía, que yo mesmo me admiro de que me suceda y no parece sino que el usar vellorí de hidalgo, dá el linaje con que no se nació.

—Algo hay de ello—replicó Leocadio,—en lo cual puede verse lo equivocado que anda el mundo, puesto que en vez de darnos los que pueden lujosas ropillas, dánnos sólo galeras y azotes, cuando tan fácil fuera, del modo que dices, mejorar nuestra condición; pero con todo eso no caímos en la buena nueva de tu mudanza.

—Digoos, pues, que bajando hace días junto á las tapias del Buen Retiro, vi salir un cortejo de señores, entre los cuales conocí al Rey y á Diego Velázquez de Silva. Híceme hacia atrás, cuando prendiéndome el pintor con su mirada de águila, díjole al soberano:

—Señor, ¡ved allí al hombre que yo necesito! Del hampa es, pero no pudo Práxiteles modelar más seguras líneas; serviráme de estudio para el cuadro que me propongo hacer, y ¡por Dios!, y ello no se me tome en cuenta, que en toda la

Corte no pudiera encontrar más gallardo talante.

—¡Sea como dices!—contestóle el Rey.—Desbroce fiene y mucho, pero con paciencia y á golpe de uña y piojo á piojo, bien puedes mejorarle y sacar tu gentil modelo de ese Manipo que parece tener acasamatada la roña. Algún chiste debió añadir D. Agustín Moreto que con ellos iba pero no le oí en mi turbación y héteme acá de golpe en Palacio, hecho un Medina Sidonia, á qué queréis cuerpo y con el encargo de topár otros bergantes, sin más misión que la de quedarse en cueros vivos y cubiertos de yedras y pámpanos cuanto tiempo fuere preciso. Mayorazgo os doy que no ha de pesaros, favor en la Corte si os reducís y si no campo fértil para nuestras andanzas de pícaros, ó perdón de entredichos y deudas de galeras, y no digo más que el espacio que me dan es corto, y el *sí* ó el *no* presto se dicen.

Miráronse los rufianes; cruzó los brazos el Anselmo en altivo ademán, tornaron todos á palparse las faltriqueras y cerciorándose de lo desvahidas que estaban dijo Lope, como el pícaro de más autoridad y peso en aquella ocasiór:

—¡Poder de Dios! Gran maravilla fuera que el agua de la lluvia se tornara á las nubes de golpe al caer, pero aún sería más raro prodigio, el que á un pícaro le salieran alas de virtud para volar á ese mundo que no conoce. De la briba somos y es la calle nuestro solar y nuestro blasón lleva picotas en cuarteles azotes por bandás y horcas por barras de bastardía; pero allá vamos como gentiles hombres que somos, y cuenta tuya sea la merced de oro que se otorgue á nuestro heroísmo, aparte de la gloria de ser mirados y vueltos á mirar y escudriñados pelo á pelo, por el gran Velázquez, y fijados al fin sobre el lienzo que hable de nuestras hermosuras en luminosa lengua de pinceles.

—¡Amén!—replicó Anselmo.—A la oración tocan, y antes de poco, se cerrará el Palacio. ¡Vamos pues!

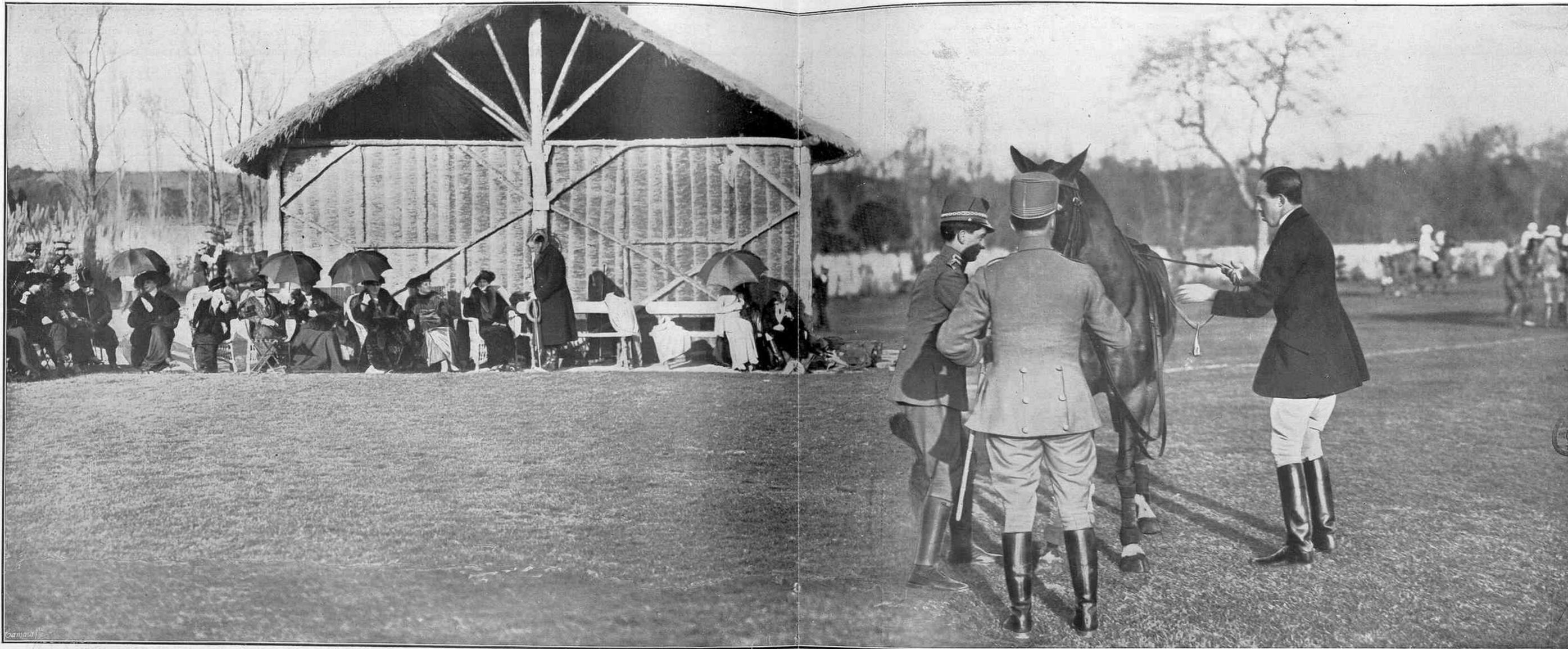
Tales fueron los truhanes que pudo inmortalizar el genio de un divino pintor de cámara en el sublime lienzo de «Los borrachos».

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

DEBIDOS DE LLANESSES

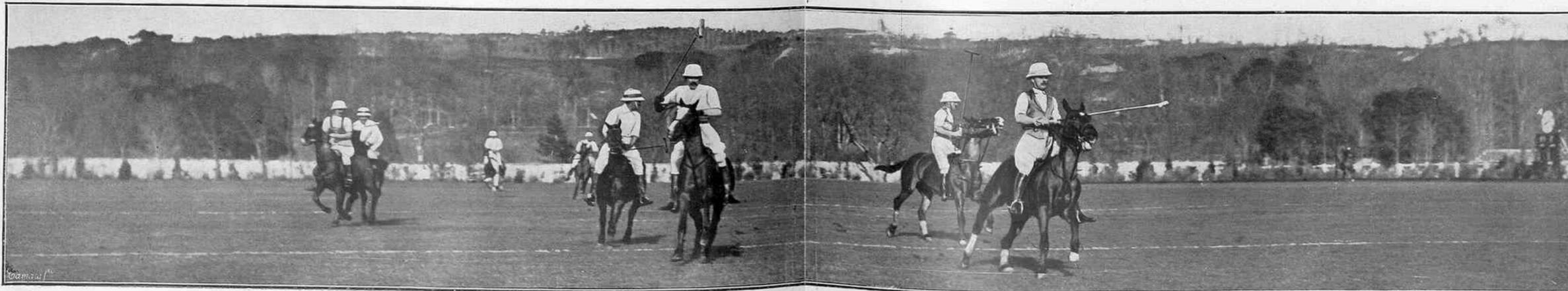


# EL JUEGO DEL POLO EN LA CASA DE CAMPO



Detalle de una partida de polo celebrada en la Casa de Campo el día 11 del actual.—S. M. el Rey preparándose para montar á caballo.—Al fondo, la Reina Doña Victoria y demás personas de la Familia Real

En la Casa de Campo, se han verificado estos días animados partidos de polo, con asistencia de S. M. el Rey Don Alfonso, que es un ferviente entusiasta de ese aristocrático deporte británico, importado, según parece, de la India inglesa, y que en el Reino Unido, país de los grandes caballistas, cuenta sus adeptos por millares. Ahora va á celebrarse en Nueva York el gran campeonato internacional de polo, habiendo anunciado su asistencia los primeros *polistas*



del mundo del deporte. Los partidos eliminatorios para tomar parte en dicha prueba mundial, vienen efectuándose en la citada posesión Real, tomando parte en algunos de ellos nuestro joven Soberano, de quien se hacen grandes elogios como *polista*. Han asistido á esos partidos, varios oficiales ingleses, entre ellos el capitán Railstone, del Regimiento de Rifles, y el capitán Barreis, famosísimos *polistas* que acudirán al referido campeonato internacional norteamericano.

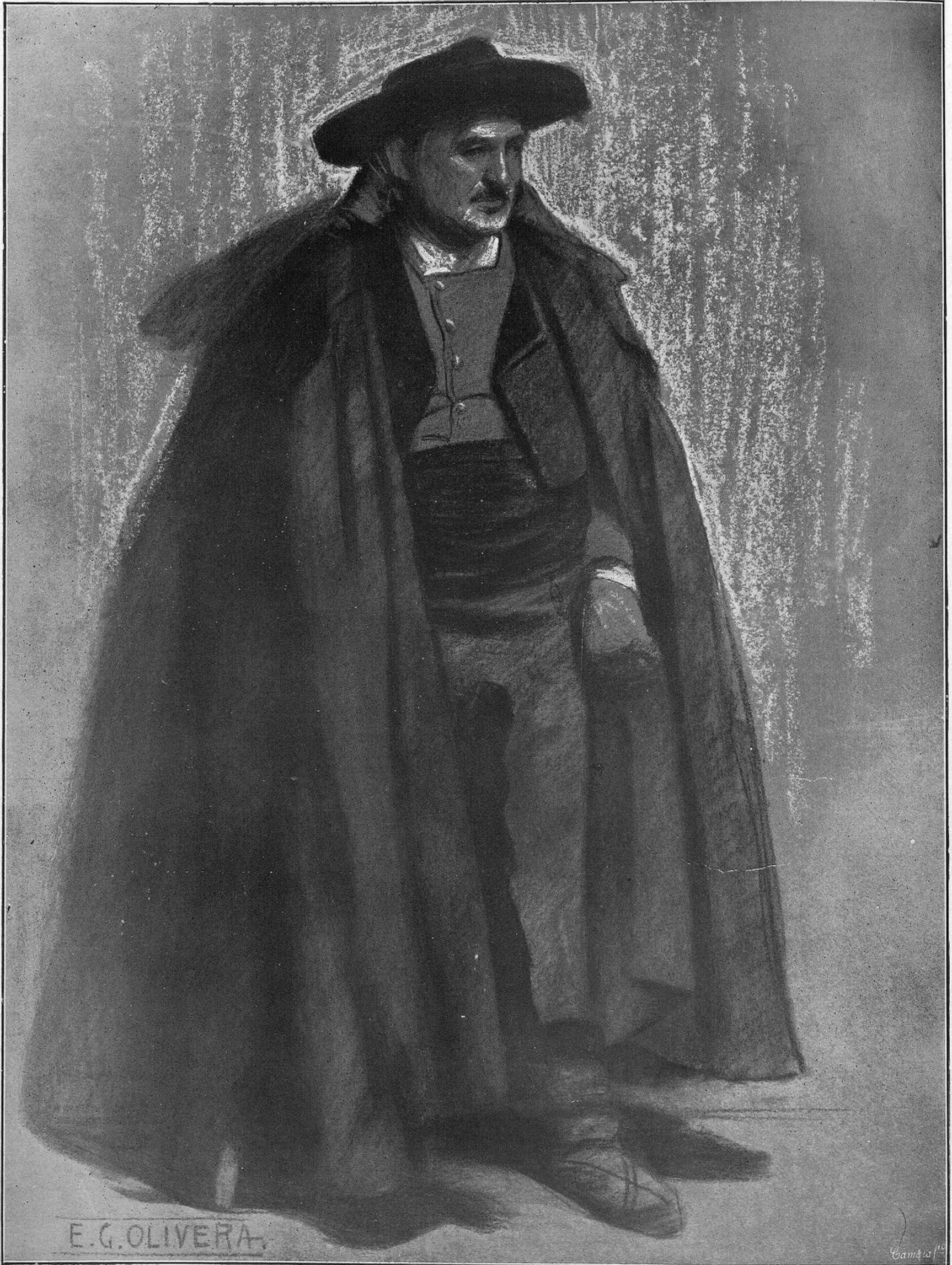
Un momento interesante de la partida de polo jugada por S. M. el Rey en la Casa de Campo

FOTS. CAMPÚA

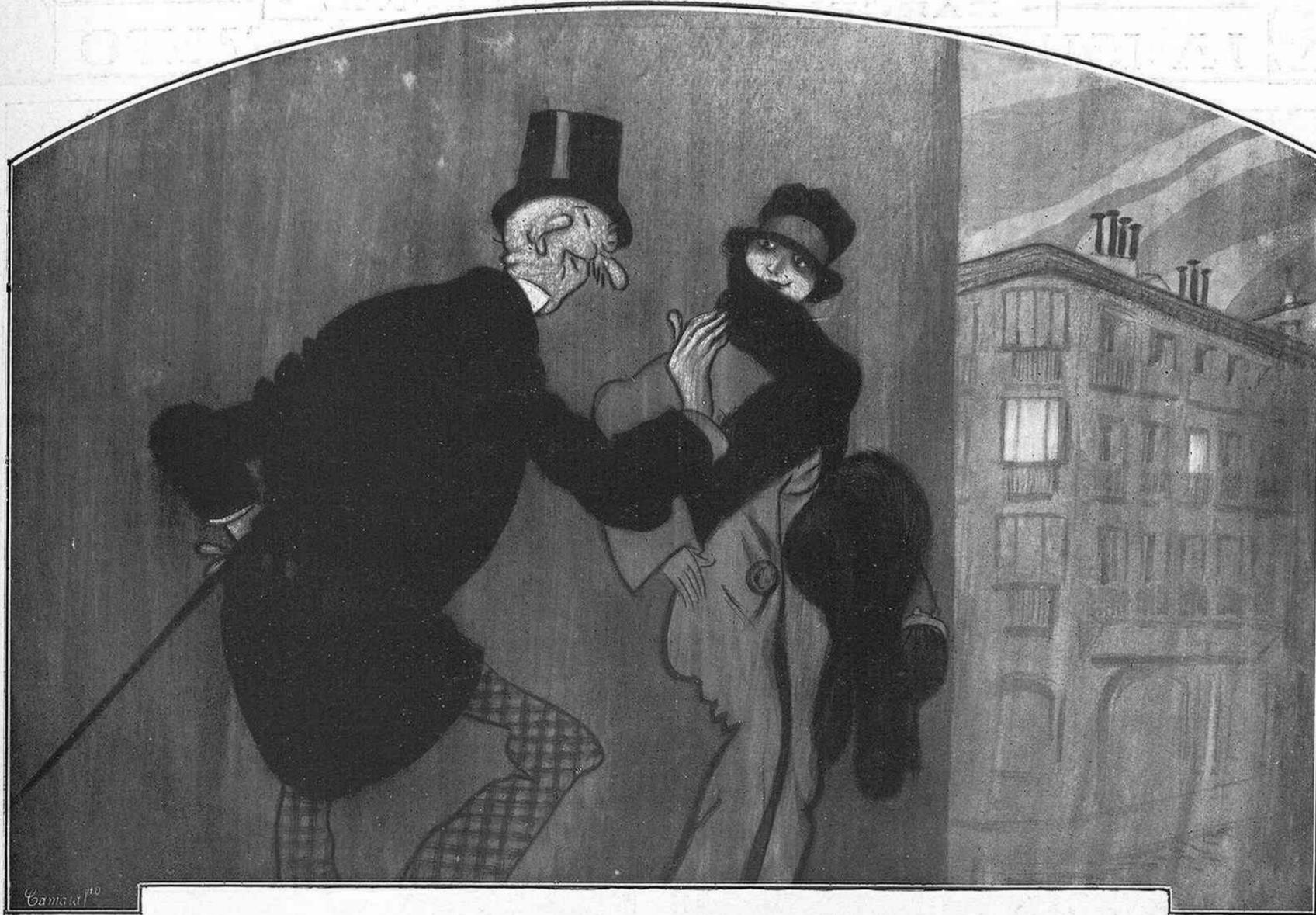


LA ESFERA

TIPOS ESPAÑOLES



LABRADOR SEGOVIANO



## FRAGMENTO DE UNA NOVELA

FALTABA una oreja para la media noche, cuando llegó á la calle de Claudio Cuello una joven llamada Encía y un poco choquezuela al parecer, á la que seguía los vasos un tal Pómulo Vello, su vecino de en-frente, vejete de mala pata, pero con fincas en Costilla la vieja.

—¡Pelo, señor!—dijo Pómulo á la joven.—¿Por qué no has de casarte conmigo?

—Porque eres del tiempo de Alfonso el Labio, el del código de las Siete Parótidas.

—¿Hueso qué importa? ¿No me ves más gallardo que Don Luis Mejilla? Además, según reza mi médula personal, tengo cincuenta años.

—Peroné... cesito un hombro más joven que tú.

—¡Si á mí no me parte un radio!

—No me venas con cuentos. Ya estoy arteria de que me cortejen todos los viejos de Matriz.

—El cariño aorta las distancias de la edad y conmigo pasarías la gran luna de piel.

—¡Qué barba... ridad! ¡Pies unas cosas más entrañas!...

—Lo que ocurre, es que amas á Carrillo, el que fué cabecilla de una compañía de la lengua y ahora es ventriculo, que no te ceja vivir.

—¡Seso es completamente tarso!

—¿Pero le has correspondido?

—¡Nuca!

—Mucho lo cerebro; porque es un boca vergüenza, aunque parece que no ha roto un omoplato. Pero sé que te escribía cartas de cuatro pliegues.

—Paladar mi mano á un boceras que no puede sostener el epigastrio de la casa, mejor estoy de pupila en cualquier parte; aunque tuviéramos bronquios todos los días.

—¡Sien eso estamos conformes!... Pero veo que echas el frenillo á mi pasión, y eso que me ombligo solemnemente á darte...

—También—añadió la joven—me ronda ese

chico de Canillas que mata en las corridas de tobillos y está esperando á ver si el Ojitos se retina, como le ha dicho Perico Miembro.

—¿Te suele acompañar?

—Uñas noches sí y otras no.

—Pues nuez ese tampoco el novio que te conviene.

—Como que es un pericardio de marca mayor. En fin; podría hacerse con todos mis pretendientes un cartilago en uno ovarios lomos, como los libros de Amado Nervio. Los que no son más tristes que fauces llorones, como le pasa al peritoneo que me pretendió en el carpo, son ganglios sin orificio ni beneficio, ó con más años que el metacarpo que se exhibe en la Historia Natural... Te digo que si pudiera verter la hiel que tengo...

—Pues vértebra—dijo el caballero, sacudiéndose el pan... talón.

—¡Todavía voy á meterme á monja pituitaria!...

A ésto siguió un momento de silencio, al cabo del cual preguntó Pómulo á la joven:

—¿Dientes frío?

—No—respondió Encía.—Y eso que vengo á pie por la Castellana, todo recto hasta Colon desde cerca del hipocondrio.

—¿Quién vive allí? ¿Es Rodríguez?

—No. Es... Pinazo.

—¿El que se casó con la hija de aquel marmolista que hizo el esófago para mi her... mano?

—Sí. Por cierto que la tal hija es más descarada... Parece una rabadilla. Su madre fué un pulpejo, que estuvo presa en la calle de Riñones; y la hija ha resultado un tendón. El marido debería apretarla las clavículas; pero tiene un alma tan pierna que no halla codo de ponerla tibia por mucho que se empeine, y va á llegar á meter más ruido que el moro Muslín ó que una tráquea valenciana.

—Ya se lo pronostiqué á él cuando estaba en

vísceras de casarse. ¡Corazón se lo temía el pobre! ¡Cuántas veces le dije: no sea usted párpados!...

—¿Y en dónde le conociste?

—En los baños de La Barriga. Y antes del duodeno mes de estar casados, aquéllo tomó muy mal nariz y empezaron los tejidos lastimeros y la falta de fé moral, y otras cosas que me callo...

Encía deseaba penetrar en su casa, donde la esperaba en un cuartito muy músculo (de un metro cúbito de cabida) otra muchacha, huérfana de un músico que tocaba el esternón en la banda municipal. Ambas jóvenes parecían membranas de padre y madre; pero no eran parietales; sólo eran amígdalas de la niñez y vivían bazo el mismo pecho.

Comenzó Pómulo á dar bofes llamando al sereno. Este llegó y abrió el portón de cadera. La linfa se coló por una especie de tejido subcutáneo que había en el frontal, y el galán, blandiendo su bastón de veinte nudillos, hizo cutis por la izquierda. Junto á la columna vertebral de la esquirla próxima, vió un coche que parecía una glándula veneciana; llamó al aurícula; éste, que llevaba la axila derecha, la bajó y condujo al vejete, primero á tomar un piloro en el colmillo de la calle de las Ternillas, y después, á una casa de jugo de la placa de San Gre... gorio, en donde se pulso á jugar á los cabellitos con el alcalde intestino y otros de su falange, mientras en la calle soplaban un vientre norte de mil demonios...

Amable lector: ¿quién será el autor de la novela cuyo fragmento acabo de ofrecer á usted? ¿Será algún profesor de Anatomía? ¿Será algún choricero distinguido?... ¡Vaya usted á saber!...



BARCELONA MONUMENTAL  
LA IGLESIA DE SAN PABLO DEL CAMPO

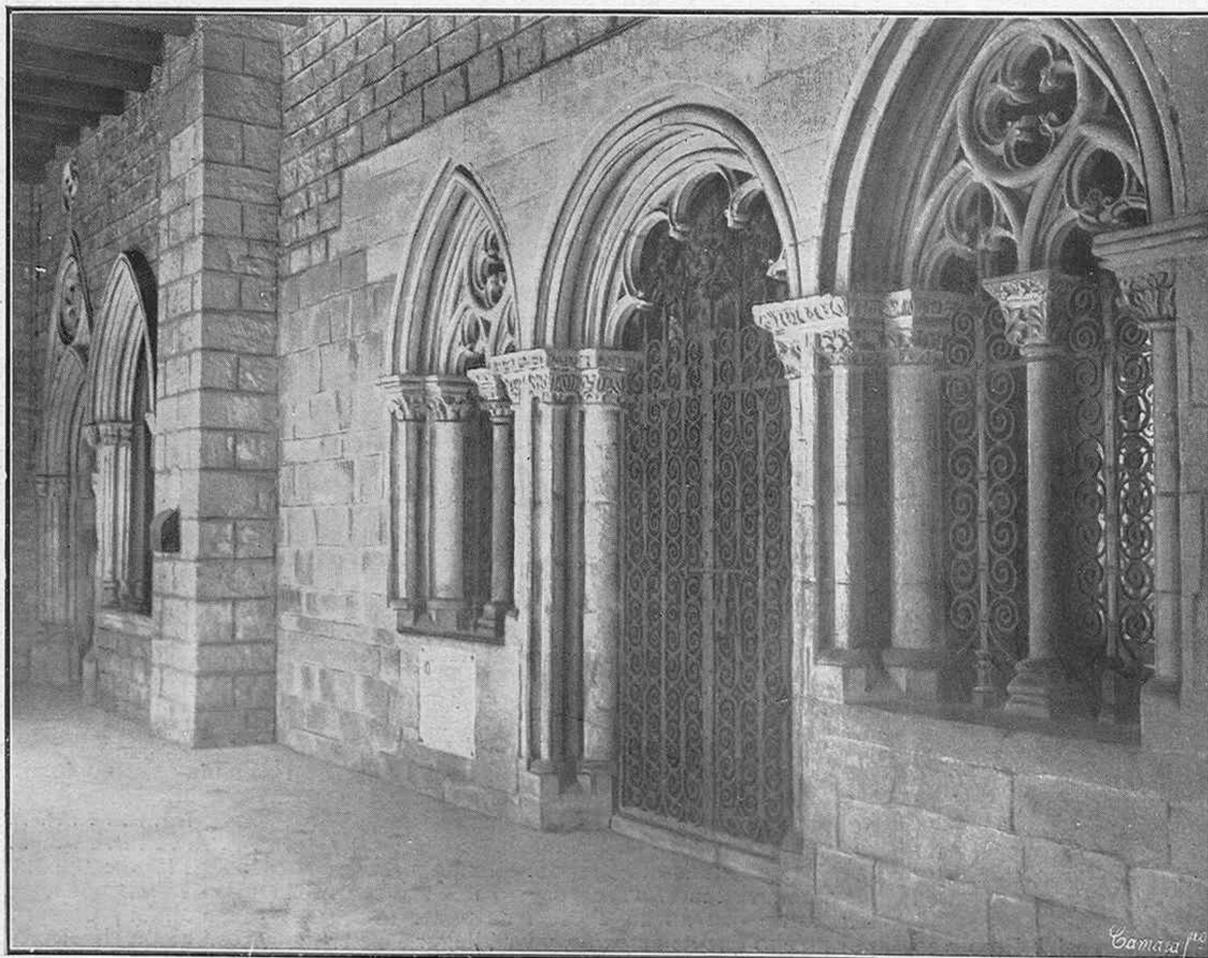


Detalle de la fachada de la iglesia de San Pablo del Campo



Interior de la iglesia, edificada a fines del siglo XII

LA Barcelona monumental de lejanos siglos, puede ufanarse de poseer una preciosa muestra de la arquitectura románica. Es la iglesia de San Pablo del Campo, que perteneció al antiguo Monasterio, edificado en el último tercio del siglo X, extramuros de la ciudad, según consta en escritura del año 977, en una inscripción de la portada y en una lápida en el interior del templo. Destruído por Almanzor al ocurrir la invasión sarracena, reedificóse en 1127, á expensas del arzobispo Oleguer, quien hubo de donarlo al Abad de San Cugat. En la actual edificación subsisten algunos elementos de la antigua iglesia destruida, aprovechados en la forma posteriormente dada al templo por sus reestructores del siglo XII. Su planta es de cruz griega, con tres



Prerta de entrada al altar del Santísimo

ábsides y cúpula octogonal, poseyendo especial mérito la fachada, notable por sus arcuaciones lombardas coronando el muro y el tímpano esculpado, entre gruesas columnas laterales el cual aparece decorado con arcaicas representaciones de las Evangelistas y la mano de Cristo en actitud de bendecir, á la manera bizantina, y finalmente, los capiteles conforme al tipo común prerománico, degenerado del orden corintio y el compuesto.

El claustro de la iglesia de San Pablo del Campo, tiene merecida fama. A cada lado presenta cuatro huecos en grupos dobles, formando cada uno dos espacios, que separan columnas geminadas de capiteles repletos de figuras, monstruos y hojarasca. Los arcos son lobulados, pudiendo datarse la escultura, de fines del siglo XII.

FOT. S. BALLELL

LA ESFERA  
LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



AYUNTAMIENTO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

FAMOSO CLAUSTRO DE LA IGLESIA DE SAN PABLO DEL CAMPO, DE BARCELONA, CUYA ANTIGÜEDAD SE REMONTA Á FINES DEL SIGLO XII

FOT. BALLEL



Paisaje de la Moncloa

FOT. SALAZAR

## LOS IMPACIENTES ALMENDROS

**L**argos y perezosos van siendo los crepúsculos en la Villa y Corte. Cuando las luminarias municipales anticipan el anochecer, todavía a lo lejos, sobre los pinares de la Casa de Campo, flota un resplandor púrpuro.

Más arriba, las estrellas agujerean el cielo, y bajo su fosforescente inquietud, el hombre que pasea sin prisa, oye al primer corro de muchachas «que quisieran ser tan altas como la luna»...

El resplandor dorado y las muchachas del corro, anuncian, en la ciudad, la llegada de la señorita Primavera.

Hay mozos, con prisa de vivir, que arrinconan el abrigo. Despójense del gabán, y sin atrapar una pulmonía, recuperan el optimismo del verano pasado.

En estos días, ya cada vez más largos, el corazón se estremece, apercebido a vivir como nunca, gozosamente, calenturientemente. Abrese un periodo de sabrosa expectación. Porque en el horizonte del mozo se ciernen nubes de color de

rosa y nubarrones oscuros: la primera corrida de abono, el segundo suspenso universitario, la tercera novia que ha de «caducar» en Junio...

No lejos de la capital hay árboles más impacientes que estos buenos chicos; árboles que dan la flor antes de hojecer.

Hemos aludido a los almendros, nuestros simpáticos vecinos del Arroyo de Cantarranas. Ya están vestidos de blanco, cuando los álamos y las acacias no han empezado aún a ponerse verdes, sin que esto quiera decir que sean compañeros de letras.

¡Árbol poeta, árbol tempranero, árbol imprudente! ¿Qué prisa es la tuya de madrugar para que amanezca más temprano la radiante estación?

Arbolillo de Marzo, imprevisor, que te expones por vivir antes de tiempo a morir más pronto que los demás, ¿quién te manda dar flores en pleno invierno, quién te mueve a endomingarte cuando la Naturaleza no ha traspuesto un viernes árido, gris y prosaico?

La blancura de tus ramas pone en los alrededores de Madrid una nota optimista demasiado prematura. Solamente los enamorados, los poetas, los misántropos—esto es, los que no suelen llegar a ministros responsables—saben estimarla. Pero todos los que son lo mismo que tú, almendro atolondradillo, no medran. Como símbolo, puedes pasar; como árbol, no encontrarías abogado de oficio.

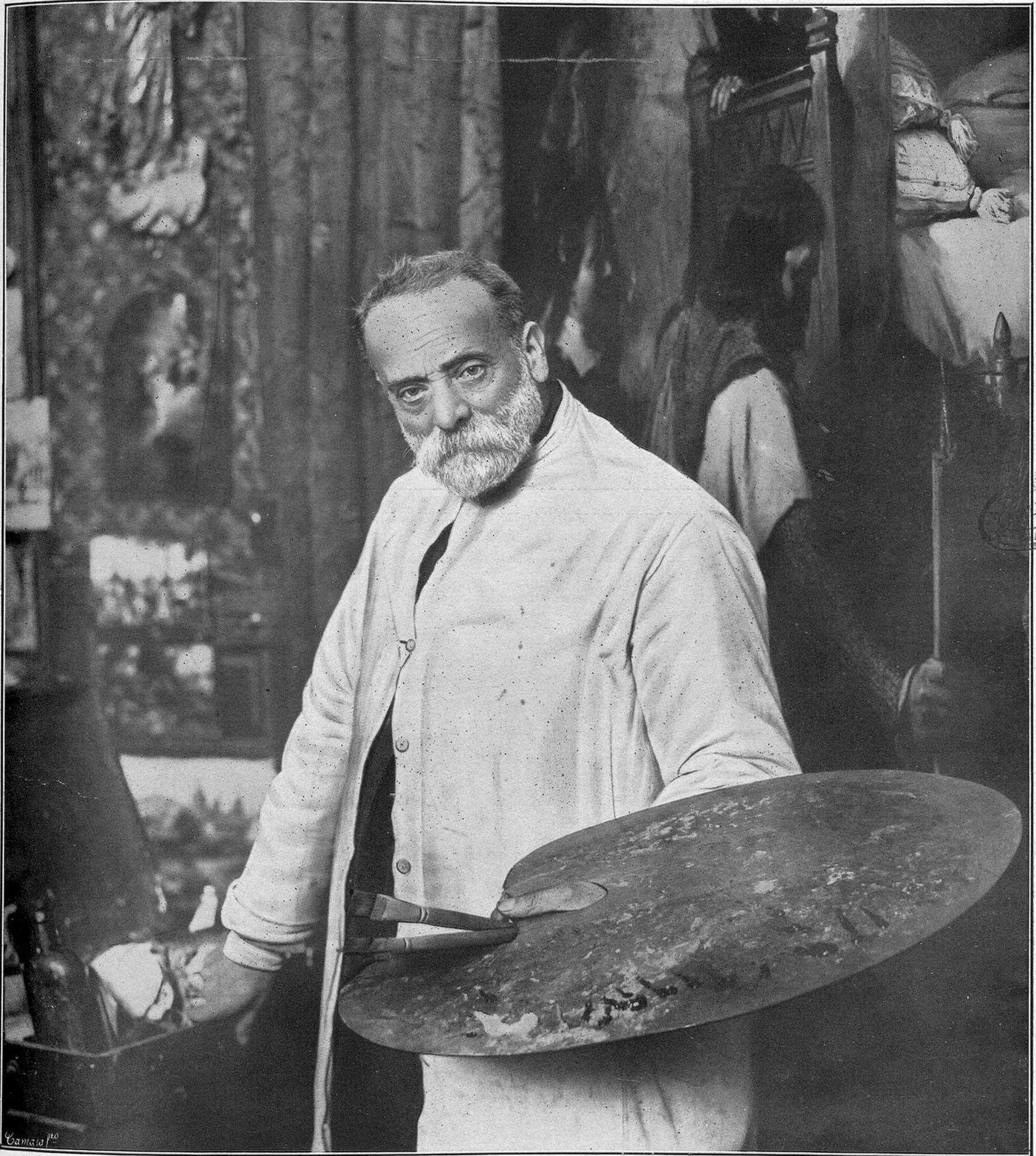
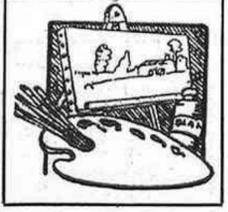
Eres travieso, amigo de significarte, coplero del campo, Benjamín de la arboleda, romanticismo, adolescencia, afán: Eres lo absurdo, lo que salta por encima de todo: algo encantador, «fuera de programa»...

Sin embargo, si metafóricamente, muchos españoles fuesen almendros ¿no comenzaría nuestra regeneración en el Arroyo de Cantarranas? ¿Sería inconveniente tener prisa, tener impacencias en una tierra donde siempre se retrasan tanto el amigo, el tranvía, la fama y el sereno?

E. RAMÍREZ-ANGEL



LOS GRANDES PINTORES ESPAÑOLES  
ALEJANDRO FERRANT



BIBLIOTECA  
MUSEO DEL PRADO  
MADRID

Gama

Alejandro Ferrant es un viejecito simpático y bondadoso. Sus ojos chispean detrás de las gafas con una mirada inteligente y dulce. Su historia artística está ligada a cincuenta años de pintura española. Su obra es paralela de las de grandes pintores de la segunda mitad del siglo XIX. Antes de dirigir el Museo de Arte Moderno estas obras habían entrado en él por derecho propio. En los templos de Madrid hay muchas huellas de su arte brillante, alegre e impregnado de un sano misticismo. En las casas nobiliarias existen techos y paneles pintados por él. Nada tan interesante como asomarnos a su vida y a su arte, como ver trabajar al viejecito de las barbas blancas, que ahora dirige el Museo del Prado, este Museo del Prado, donde al lado de las obras de Pradilla, de Villegas, de Moreno Carbonero que representan las glorias del pasado siglo, están las obras de Zuloaga, de López Mezquita, de Chicharro, de Benedito, las glorias de hoy

FOT. CAMPÚA

## EN CASA DE FERRANT UNA FAMILIA DE ARTISTAS

ALEJANDRO Ferrant y Fischermans, nació en Madrid hace setenta y un años, el 9 de Septiembre de 1845. Tuvo por maestro á su tío Luis Ferrant, académico de San Fernando, y su primer triunfo lo obtuvo con un retrato de su maestro, presentado en la Exposición nacional de 1864, y al que otorgaron tercera medalla. En aquella Exposición de 1878 donde presentara Pradilla el lienzo *Doña Juana la Loca*, obtuvo primera medalla con el cuadro *San Sebastián hallado por los cristianos en la Cloaca Máxima*, que respondía al concepto y á la orientación de la pintura histórica de su época.

La otra primera medalla le fué otorgada en la Exposición Internacional de 1892, por el cuadro *El Cardenal Cisneros, fundador del Hospital de Illescas, inspeccionando las obras*.

Actualmente es académico de San Fernando, profesor de la Escuela Central de Artes Industriales y director del Museo de Arte Moderno.

A pesar de su avanzada edad, sigue manejando incansable los pinceles y cultivando la nota característica de su arte: la pintura histórica y la pintura religiosa.

El misticismo pictórico de Ferrant es suave,

dulce, de un sano y confortador optimismo. Sus decoraciones murales de templos ó capillas particulares, causan en el espíritu sensaciones de cordialidad y de pacífico regocijo.

Como pinfor de asuntos históricos, es de una gran escrupulosidad y de una honradez en la documentación de los elementos accesorios, poco común.

bilidad, la sutil entrega de sus facultades á la belleza envolvente de la música. Ponen, al poner sus dedos sobre las teclas del piano, ó al oprimir el arco tembloroso del violín, su alma de elegidas... Y, mientras, el viejecito, para descansar su mirada, se sienta al lado de las hijas y se adormece con la vaga, con la penetrante armonía de la música...



Alejandro Ferrant, con su esposa y sus hijos, durante un concierto familiar

Por último, no debe tampoco olvidarse las condiciones de colorista que tiene el autor de ese cuadro de majeza y madrileñismo, titulado: *La Cruz de Mayo á principios del siglo XIX*, uno de los cuadros más famosos del ilustre pintor.

Los apuntes de Ferrant, son notabilísimos por la movilidad, por la riqueza de color y por el nervioso rigor con que sabe sorprender la luz y las líneas que vibran dentro de ella.

ooo

Ferrant no es sólo un gran artista. Es el fundador de una familia de artistas.

Ved este cuadro ínfimo, que evoca uno de los más frecuentes momentos en el hogar del maestro.

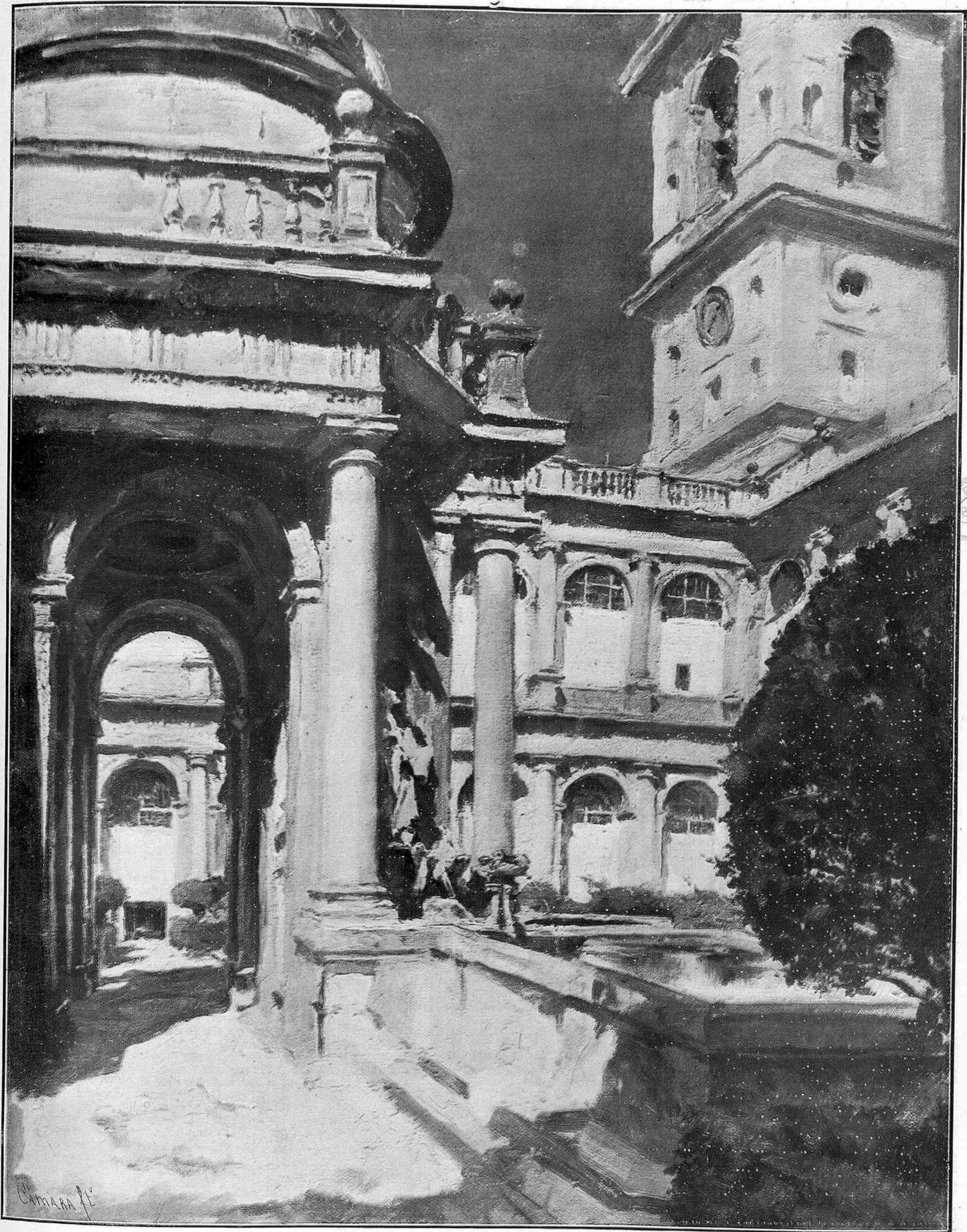
Dos hijas del pintor ejecutan una sonata de Beethoven. María es pianista; Blanca violinista, y ambas expertísimas en su arte. Poseen la refinada sensi-



"Domingo de Carnaval", apunte de Alejandro Ferrant

LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



PATIO Y CLAUSTRO DE UN CONVENTO

Cuadro de Alejandro Ferrant

NUESTRAS VISITAS  
LA ESCUELA DEL HOGAR



Las alumnas en el estudio de pintura y modelado

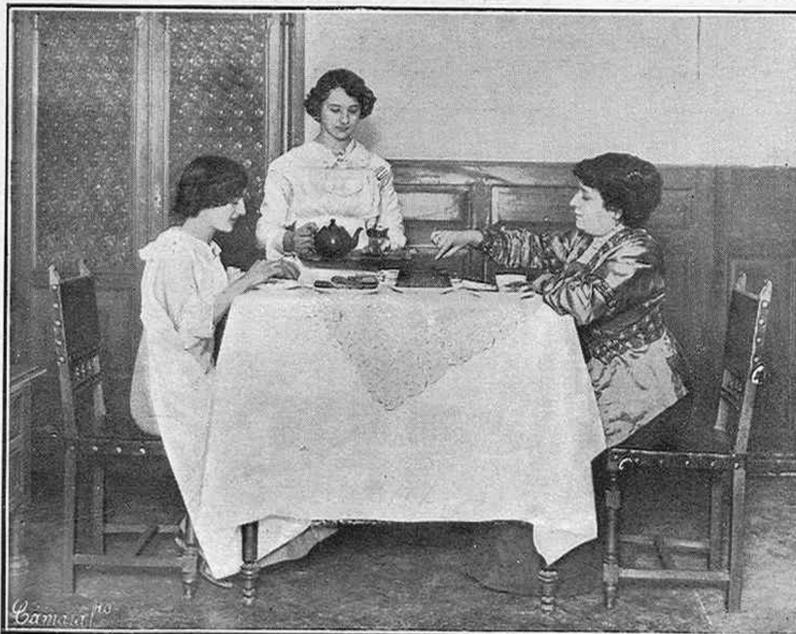
Es un hotelito, que está enclavado, allá, al final del Paseo de la Castellana, casi frente á la estatua de Doña Isabel la Católica. Tiene su cacho de jardín, donde delicadas y pulidas manos de uñas esmaltadas de rosa, plantan helechos, palmeras y cuidan las violetas y los pensamientos.

Cuando entré, el sol, un sol mañanero y radiante, desde el centro de su bóveda de añil transparentísimo, se desbordaba á torrentes, invadiéndolo todo con raudales de luz y alegría. La mañana olía á verano y el jardín estaba saturado por el perfume de las violetas. Unas chicuelas con los cabellos cortados por los hombros, como los pajes medioevales, correteaban entre risas, gritos y algazara.

—Oiga usted, señorita—le dije á una de las menos pequeñas, que tenía mirada diabólica, nariz respingona y boca fresquísima—¿Está doña Melchora Herrero?

—Sí, señor—me respondió vivaracha, al mismo tiempo que con coquetería se arreglaba la melenita rubia.—Es nuestra profesora de Economía doméstica... Estará en su despacho... Pase usted.

Mientras, las demás compañeritas, habían interrumpido el juego y, dirigiendo la vista hacia nosotros, cuchicheaban sonrientes. Seguí á mi angelical guía. Subimos la escalinata y penetramos en una amplia habitación. En el centro de ésta había una



Alumnas de la clase de Economía doméstica practicando, con su profesora, doña Melchora Herrero, la forma de hacer y servir el te

mesa de despacho, en uno de los ángulos un gran aparato cinematográfico y de las paredes pendían tres retratos á tamaño natural: D. Alfonso XIII, D. Julio Burell y D. Amalio Gimeno.

—Voy á avisar á doña Melchora—me dijo la niña.

—Muy bien, chiquita.

Y fué á salir como un rayo. Yo la detuve un instante.

—¿Quién va usted á decir que está aquí?...

Dudó la angelical criatura y, después de haber pensado durante unos segundos, me contestó resuelta:

—Le diré que un caballero muy alto.

Ref la infantil ingenuidad.

—Está bien; con eso basta.

Marchó rápida, y á los pocos momentos volvió acompañada de mi buena amiga D.<sup>a</sup> Melchora Herrero.

D.<sup>a</sup> Melchora, como mujer, es una rosa de te algo marchita. ¿Marchita por los años? ¿Marchita por los sufrimientos?... Aun le queda algo de fragancia, y todavía, en sus ojos color de acero, centellea el deseo; pero es juna rosa de te!... Habla mucho, su charla está llena de incisos, que os desconciertan, y es sumamente expresiva... Adolece del mismo defecto que todas las mujeres que invaden—

para honor nuestro—el campo literario. Se desposeen del delicioso perfume femenino y se nos muestran como *un amigo*. A *Colombine*, á *Vicente*, á *Violeta*, á *Gloria de la Prada* y á nuestra compañera *Rosalinda*, les ocurre otro tanto.

—Sólo por usted he venido hoy á dar clase porque, como le decía en mi carta, llevo unos días enferma—me dijo, amablemente.

—Mil gracias. Dígame usted: ¿qué enseñanzas se cursan en esta escuela?...

—Tres grupos principales, divididos en Enseñanzas generales, Enseñanzas del hogar y Enseñanzas profesionales.

—¿Cuál es el que está á cargo de usted?...

—Enseñanza del hogar, que abarca todos los conocimientos prácticos de la vida doméstica. Esta comprende dos grupos: uno de Higiene, Puericultura, Remedios caseros y Asistencia de enfermos, y otro de Economía, Contabilidad do-

algunas pecas color oro, batía unas yemas de huevo en un tazón. Las manos largas, señoriles, aristocráticas, eran blancas y sus uñas parecían hechas con pétalos de rosa. A su alrededor cinco ó seis compañeras más, también muy lindas, la ayudaban en la faena culinaria: una midiendo azúcar; otra, exprimiendo una naranja; otra, machacando canela. Aquellas eran las esposas de mañana, estudiando, como ángeles del hogar, la manera de saber condimentar, bien y económicamente, un pollo, un cocido, un bizcocho. Mi presencia las alarmó un poco, y quedó paralizada la faena durante unos minutos. Todas contestaron á mi saludo y todas bajaron la cabeza ruborosamente, ó tal vez indignadas de que aquel claustro culinario lo hubiese traspasado un caballero.

—¿Qué estaban ustedes haciendo?—les preguntó dulcemente doña Melchora.

—Ya lo creo: de mil maneras—contestó incontentona.

Las compañeras, más maliciosas, soltaron una carcajada. Gloria se puso más roja y no sabía qué hacer con el batidor.

—¿Qué se está guisando ahí?—pregunté, señalando un puchero que hervía en el fogón.

—Suflés de gallina.

—Echa buen olorillo. ¿Y aquello otro que hay en el horno?...

—Aquello es bizcocho de roca.

—Explique usted al señor cómo se hace—invió doña Melchora á otra alumna.

—Se remonta la clara de cuatro huevos, por ejemplo, hasta que está á «punto de nieve». Se le agrega una copa de azúcar, otra de harina, pasada por un tamíz, para que no se hagan tonlondrones, después se le echan las yemas; y, todo junto, se menea un poco y en un molde de



La señorita Rosa Chacel terminando la copia de un busto griego

méstica, Confección y entretenimiento de ropas de uso diario, Arte culinario, etc., etc...

—Caramba, tiene usted un grupo que nos interesa mucho á los hombres, y sobre todo á los que tenemos poco dinero ¡No es nada! ¡Economía del hogar!...

—¡Ah! pues le advierto á usted que casi todas mis discípulas le hacen á usted un *menú*, condimentación y todo, por dos reales...

—¿Por dos reales?... Vamos á verlas... Quiero hablar con ellas y tal vez cometa alguna *audacia*.

—En este momento están en la cocina, dando la lección práctica. Si quiere usted iremos allá...

—Encantado...

Me precedió doña Melchora, atravesamos un pasillo, y entramos en la cocina. Allí quedé agradablemente sorprendido por el cuadro laborioso y encantador que se ofrecía á nuestra vista. Al lado de la mesa tosca, una muchachita de diez y seis á diez y ocho años, rubia de pelo, de ojos garzos y transparentísima piel, sazonada con

—El flan de naranja—contestó con timidez la de los ojos garzos.

—Debe ser un flan muy rico—comenté yo; y después, dirigiéndome á la que había contestado, le pregunté—¿Cómo se llama usted, señorita?...

Primero se puso roja como una amapola, después miró á la bondadosa maestra, y al fin contestó con una vocecita casi ahogada por el rubor:

—Gloria Estany.

—¿Lleva usted mucho tiempo en Economía doméstica?...

—Un año.

—¿Y sabe usted hacer mucho de cocina?...

—Sí, señor, sé bastante.

—¿Sabrá usted cómo se hacen unos riñones al Jerez?...

—Sí, señor, y á la *broche* y fritos y rellenos.

—¿Y unas croquetas?...

—Sí, señor; de gallina, de jamón y de bacalao.

—¿No hay que decir que sabrá usted preparar un pollo?...

lata se mete en el horno que debe tener un calor moderado.

—Te olvidas de la manteca—observó la señorita de Estany.

—¡Ah, sí!; que el molde debe estar impregnado con manteca de cerdo.

—Usted, señorita Gloria, será una alhaja casera... Vamos á ver, ¿tiene usted novio?...

—No, señor—musitó avergonzada.

—Y si lo tuviera usted—lo cual no es un pecado—y siendo un buen muchacho, no reuniera más sueldo que treinta duros mensuales; ¿se atrevería usted á casarse con él en la seguridad de poder vivir decorosamente?... Veamos, veamos si es verdad eso de la *economía doméstica*.

—Haz un presupuesto de cinco pesetas diarias—le advirtió doña Melchora.

La muchacha sacó un lápiz y cortando una hoja de su cuaderno, se puso á hacer números. Al instante me entregó el papel. Decía: «Presupuesto.—Casa, una peseta; criada, cincuenta céntimos; luz, veinte; carbón, treinta; desayuno de



Las alumnas de la Escuela del Hogar durante la hora de recreo

café, leche y pan, tres personas, cuarenta; una comida: patatas con almejas, sesenta; carne, cincuenta; postre, diez; pan, veinticinco; otra comida: judías, lentejas ó patatas, treinta; huevos, treinta y cinco; postre, diez; pan, veinticinco; gastos generales: quince». Sumé: eran las cinco pesetas.

—Muy bien, Gloria; ya está usted en disposición de casarse.

Rieron todas.

—¿Vamos á otra sección?...—me preguntó doña Melchora.

—Vamos allá.

Subimos por una amplia escalera. Entramos un instante en el taller de flores, en el de sombreros, en el de corte, en el de ropa blanca. En todos había más de una veintena de alumnas laboriosas. Bonitas, muy bonitas.

En el piso final estaba instalado el estudio de pintura y modelado. Más de treinta muchachas, todas muy bonitas, trabajaban sobre sus lienzos, tapices, porcelanas, cartulinas, etc... A nuestro lado una muy bonita, de rostro entrelargo, de piel rosada, ojos grandes, soñadores y casi negros, boca pequeña, sangrienta como una herida endentada, nariz aguileña de finísimas aletas, cabellos castaños y cuerpo flexible y gentil, modelaba un busto griego. Nada tenía que envidiar su cabeza á la griega. Yo me dirigí á ella.

—Está bien este busto, señorita.

—¡Quiá! — replicó sonriendo dulcemente y entornando sus ojos seductores.—Es lo primero que he hecho.

—Pues entonces es usted una gran artista.

—Siento una irresistible vocación por la pintura y por la escultura. Pero en mi casa, mis papás no quieren que la cultive.

—¿Cómo se llama usted?

—Rosa Chacel.

—Muy bonito nombre y muy en armonía con su fragancia. ¿Qué edad tiene usted?

—Quince años.

—Nadie lo diría, representa usted dos más por lo menos. Y en su casa, Rosita, ¿por qué motivo no quieren que sea usted artista?...

—No sé; ¡una manía!... Pero esto me tiene desesperada...

—Pues yo le aconsejo á usted que intente convencer á su familia, y si no la convence, rebélese usted.

—Ya lo creo que pienso rebelarme y hasta emanciparme si es necesario... Yo no puedo vi-

vir sin mi pintura y mi escultura, al fin se con vencerán mis papás.

—¿Tiene usted novio?

Se le puso el rostro, seductor, encendido como la grana; bajó los ojos y sonrió.

—No, señor... soy muy joven.

—De acuerdo; pero la juventud no es obstáculo para el amor. No así la vejez.

—¿Pinta usted también?

—Sí, señor.

—Pues le voy á pedir un favor. Le agradecería mucho me enviara algo pintado por usted, en recuerdo de esta visita. ¿Tiene gusto en ello?

—¡Muchísimo! Se lo prometo.

Le entregué mi tarjeta y salimos.

—Hay muchas y muy lindas muchachas en esta escuela—le dije á doña Melchora.

—Sí—me contestó.—Ahora tenemos más de trescientas alumnas y abundan las guapas.

—¿Qué cuesta matricularse aquí?

—Dos pesetas por grupo ó asignatura... Barátísimo.

Llegamos al jardín. Me despedí de mi admirada amiga doña Melchora. Un grupo numeroso de niñas, cantaban dulcemente, con voces angelicales y plañideras:

«Pues siendo tan bella no encuentras con quien, escoge á quien quieras que aquí tienes quien».

Los ángeles en el Cielo no serían más felices que aquellas muchachas radiantes de salud y de alegría sana.

Y me alejé pensando que no es tan mala la vida como muchos dicen...

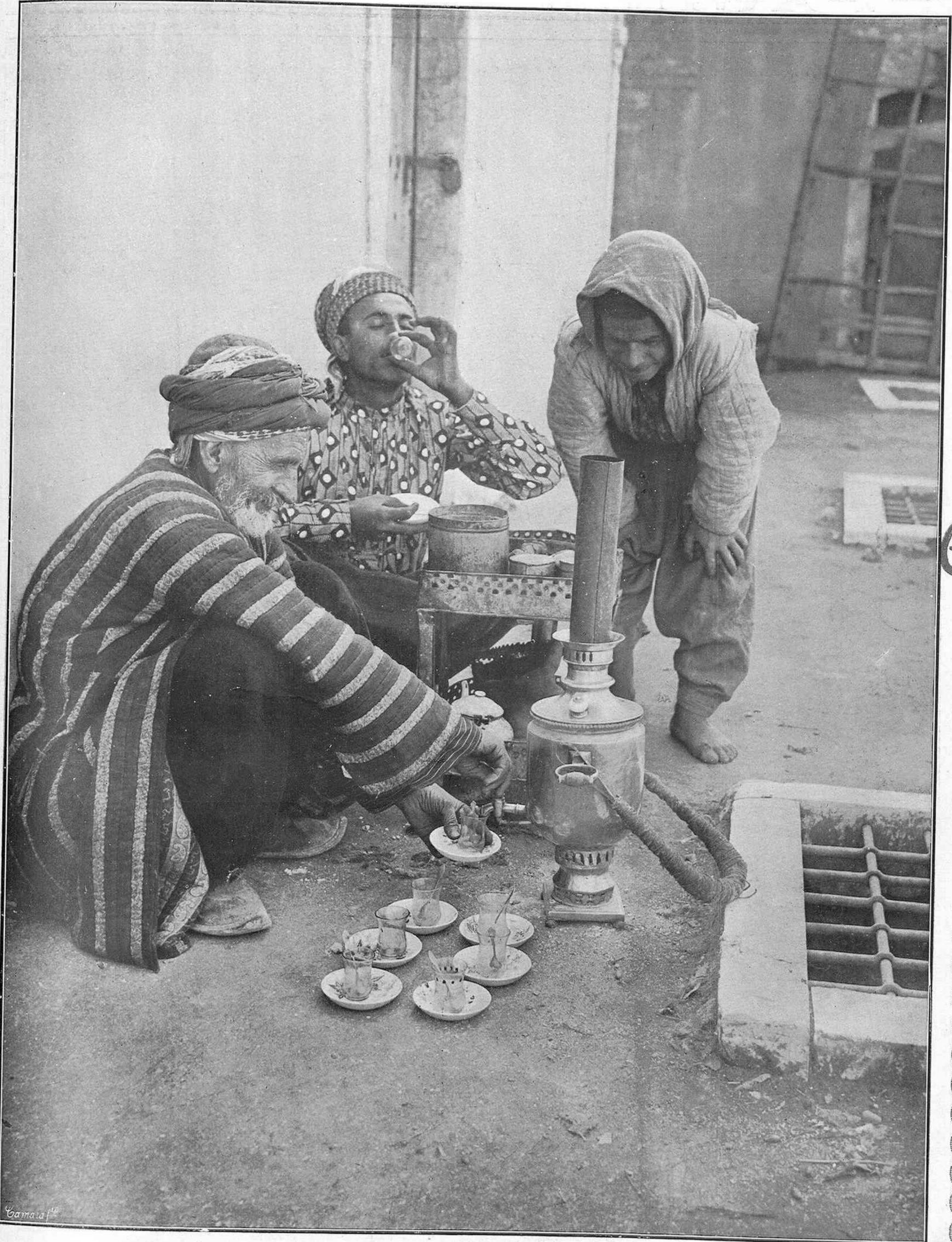


Demostración, por las alumnas de la Escuela del Hogar, de cómo se sirve una comida

FOTS. SALAZAR

EL CABALLERO AUDAZ

EL MUNDO PINTOESCO



ATENEIO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

Gamaia

EL "SAMOVAR" RUSO IMPORTADO EN ASIA  
Un vendedor de te en las calles de Babilonia, suministrando la infusión á un bebedor empedernido

FOT. UNDERWOOD

PÁGINAS POÉTICAS



FOT. SALAZAR

ESPÉRALA, CORAZÓN...

Mírala por donde viene  
derrochando gallardía  
la que tiene que juntar  
su carita con la mía.  
(Copla popular)

Esa mujer inquietante,  
corazón que sufres tanto,  
ha de ser como el consuelo  
de todos tus desengaños.

Espérala, corazón,  
que ella acudirá á la cita  
y en tí reirán los sonoros  
cascabeles de su risa.

Gozarás su voz fragante  
resbalando en tu sentido  
como un gorjeo de pájaros  
encelados en los nidos.

Hallarás en su mirada,  
tan sensual y tan serena,  
como el resplandor dorado  
de dos líricas estrellas.

En la gracia fina y suave  
de sus manos milagrosas  
se han de detener las cuentas  
del rosario de las horas.

Trascenderán de sus pechos,  
—dos palomicas gemelas,—  
como nupciales aromas  
de azahares y de azucenas.

Y has de besarla en los labios,  
—fiebre, locura y dulzor—  
y en su fresca herida roja  
lograrás tu salvación.

¡Corazón, calma tu angustia,  
que ya se acerca, ya viene,  
tan gallarda y tan airosa,  
tan bonita y tan alegre...

Está el pinar solitario;  
juega el aire entre los pinos  
y al estremecer sus ramas  
remeda blandos suspiros.

Suspiros de amor parecen:  
tan dulces son y tan quedos,  
que al oírles se dudara  
si son suspiros ó besos.

El sol rojo y lujurioso  
en el azul reverbera.  
Llueven sus besos fecundos  
sobre el vientre de la tierra.

Y se estremece la entraña  
de la llanura tendida  
como entonando la estrofa  
misteriosa de la vida.

Se abren bajo el sol, lozanas,  
las florecicas silvestres.  
Son cálidos y sensuales  
los aromas que trascienden.

Se oyen trémulos balidos  
y todo susurra y tiembla  
igual que en un rumoroso  
preludio de primavera...

Cantan en las verdes ramas  
los ruiseñores su amor.  
Una zagala garrida  
corteja con su pastor.

En un prado un fuerte potr  
relincha tras una yegua.  
¡Todo palpita de amores  
en los cielos y en la tierra!

Vuela, anhelante, un palomo  
tras una paloma blanca.  
¡Todo es risa en el ambiente  
y en mi espíritu esperanza!

¡Pronto vendrá esa mujer!  
vendrá, como en otros días,  
á ofrecerme el confortante  
tesoro de su alegría.

Ya debiera haber venido...  
¡cuánto retarda el llegar!  
¡Corazón, calma tu amante  
congoja sentimental!

Clamo apasionado y triste  
como en una copla ingenua  
y popular:—¡Si no viene  
me voy á morir de pena..!  
...Tal que una luz misteriosa  
me llega por el camino.  
Tal que un eco de su risa,  
tal que un perfume de lirios...

Detengo allí la mirada  
impaciente y con amor,  
y lleno de un gozo sano  
le digo á mi corazón:

—Mírala por donde viene  
derrochando gallardía  
la que tiene que juntar  
su carita con la mía..!

ALBERTO VALERO MARTÍN

# CONCURSO DE "SKIS" EN NAVACERRADA

El domingo último se verificó, en Navacerrada, el Concurso de *skis* organizado por el Club Alpino, y en el que se disputaba la Copa de S. M. el Rey. Aunque la crudeza del día y las malas condiciones en que se encontraba la falda de «La Malliciosa» (lo que hacía la ascensión en extremo difícil), eran poco favorables para la fiesta deportiva, ésta resultó an. madísima, acudiendo a presenciar, a ó disfrutar de las emociones del *sledge*, gran número de muchachas bonitas, entusiastas del *sport* de la nieve.



Los corredores inscritos fueron siete, verificándose la salida del collado alto de «Las Guarramas», con intervalos de un minuto, á presencia del señor don Manuel Amézua, presidente del Club Alpino Español. La carrera fué emocionante, sin que hubiese que lamentar contra-tiempos de mayor cuantía. El Jurado, que se situó en «La Malliciosa», estaba constituido por los señores Maycas, secretario del Club y entusiasta deportista; Rodríguez Gancedo, y, actuando como cronometrador, el Sr. Uchyama.

Deportistas que tomaron parte en el concurso de «skis» celebrado el domingo último en Navacerrada



El concurso de *skis* dió el siguiente resultado: Copa de S. M. el Rey, vencedor D. Joaquín Aguilera, que empleó 20 minutos y 30 segundos; 2.º premio, medalla de oro, D. José María Alonso (21' y 59''); 3.º, id. de «vermeil», D. Juan Giraldez (23' y 15''), y 4.º y 5.º premios, D. Manuel Alonso y D. Antonio Gamero, respectivamente, con recorridos de 24' y 10'', y 25 minutos.

Dichos premios 4.º y 5.º, consistían en medalla de cobre y en un magnífico par de *skis*.

La animación de estas reuniones alcanzará, en breve, su período máximo con el concurso de saltos, ya anunciado.

Deportistas de la nieve deslizándose por una de las pendientes de Navacerrada

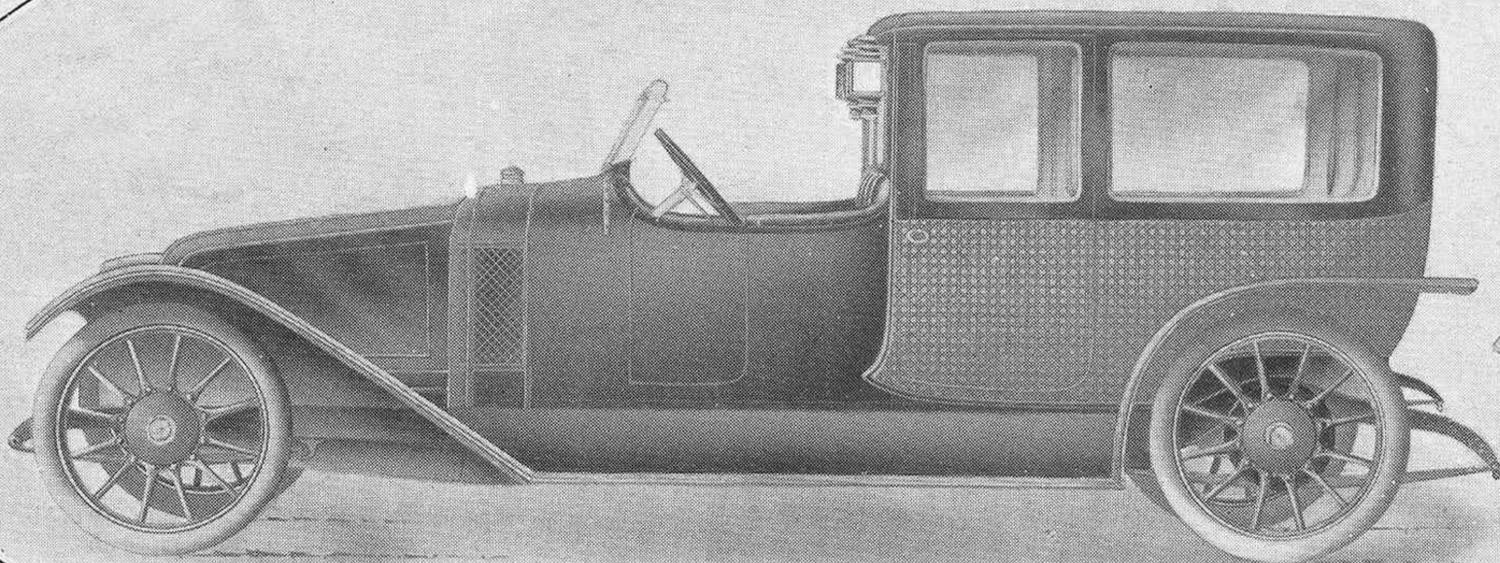
FOTS. MARÍN

**AUTOMÓVILES**



# Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



Limousine Labourdette sobre chasis RENAULT 1914

**COCHES PARA  
GRAN TURISMO  
SPORT  
POBLACIÓN**

**ELEGANTES  
SENCILLOS  
CONFORTABLES  
GRAN DURACIÓN**

*Pedid los catálogos de 1914*

TALLERES Y GARAGE: AVENIDA PLAZA TOROS, 9

SALÓN DE EXPOSICIÓN: ARENAL, 25, MADRID